COMEDIA NUEVA.

POR ACRISOLAR SU HONOR, COMPETIDOR PADRE, Y HIJO.

POR OTRO TITULO:

EL DUELO CONTRA SU PADRE.

DE DON JOSEPH DE CAñIZARES.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

Don Fernando de Castro.	*Hernan Ruiz de Castro.*	*Doña Constanza.*
El Rey Don Sancho.	*Don Ramòn.*	*Inès, Criada.*
Don Alvaro Anzures.	*Calforras, Gracioso.*	*Elena, Esclava.*
Don Tello de Lara.	*Doña Elvira, Infanta.*	*Musicos, y Acompañam.*

JORNADA PRIMERA.

Vozes dentro, y dicen unos:

AL repecho, à la ladera,
Otr. Ataja, ataja, àcia el Rio.
Fern. Espera, hermosa Deidad,
espera, Enigma divino,
no hagas tan presto un dichoso,
para hacer un desvalido.
Sigueme tù.

Salen Fernando, y Calforras de Villanos.

Calf. Hombre del diablo,
donde vàs? estàs sin juicio:
què locura te arrebata?
Fern. Tienes razon, que es delito,
que aspire à ser venturoso,
quien desdichado ha nacido.
Yà me detengo, Calforras:
dì què quieres.

Calf. Pues te firvo, poco, mal, y tarde,
preguntarte: Què delirio (quiero
te lleva de essa manera,
rebosando desatinos
por el monte? pues haviendo
esta mañana salido
sin mì de essa Aldèa, que es
el Pueblo donde vivimos:
Ramòn Fernandez, tu Padre,
y nosotros, reducidos
à perpetuos compañeros
de las fieras, y los riscos,
aunque te he andado buscando,
por decirte, que à este sitio,
à cazar con su sobrina,
el Rey Don Sancho ha venido,
no te he podido encontrar
hasta aora, que dì contigo;
y mas valiera, que no,
pues te hallo tan distraìdo,
ensartando disparates
de amorosos desvarìos,
con terminos cortesanos,
quando yo, si es que me explico,
con alguna à quien adoro,
no sè de mas silogismos,
que es decir: Puerca, me quieres?
Sì; pues echa acà essos cinco.
No? pues vete noramala,
que Amantes del varatillo,
no entendemos de mas frasses,
que el pan, pan, y el vino, vino.

Fern. Quièn tuviera tus cuidados,
por no sentir del destino
el rigor? Pero pues sabes,
que solo de tì me fio:
Rusticos habitadores
de la Selva en que vivimos,
siendo essa vecina Aldèa
nuestro pobre patrio nido:
que adorè en ella, no ignoras,
cortés, amante, y rendido
à Constanza.

Calf. Y sè las muchas noches,
que hechos cencerros vivos,
cargados de yerro entrambos,
ibamos à cierto sitio,
à esperar por un redondo
agujero, alto, y fruncido
de su casa, y que à la nuestra,
algunas de ellas volvimos
llenos de ambar atrassado,
que arrojaban los vecinos.

Fern. Sabes tambien, que aunque oculta
viviò en el trage sencillo
de Aldeana, su nobleza
descubriò, quando supimos,
que el Rey embiò por ella,
para que viva al abrigo
de su prima Doña Elvira,
del Rey sobrina, en su mismo
Palacio? Y el que se huviesse
criado en este retiro,
era, que vivia su Padre,
quien andando divertido
en la guerra, la encargò
à un noble Escudero antiguo
de su Casa, à que en la Aldèa
la criasse entre sus hijos?
Muriò su Padre, y el Rey,
por pariente tan propinquo,
quiso assistirla, y llevola
con su sobrina, y consigo
à la Corte.

Calf. Y sè tambien,
que la noche que nos fuìmos
à despedir, al llegar
al agujero maldito,
que nos ha costado mas,
que èl vale de romadizos :: :
vamos.

Fern. No lo digas tù,
pues me toca à mì el sentirlo.
Publicòse por la Aldèa,
que à mejorar de destino
iba à la Corte Constanza;
y como el afecto mio,
en la esclavitud dichosa
de su amor estaba fixo,
despedirme de ella quise,
porque sus ojos benignos
me librassen en favores,
quanto yo la dì en suspiros.
Era la noche un obscuro
cahos, que sin seña, ò viso
de Estrella, ò Lucero, toda
fuè confusion de mì mismo.
Al llegar à su ventana,
un hombre embozado vimos,
hecho estatua de sus rejas,

y antes que de descubrirnos
huviesse tenido tiempo,
curiosos, y prevenidos
de un olmo, que de sus puertas
es verde dosèl florido,
para vèr yo mi desgracia,
encubiertos estuvimos.
Mal aya una, y mil veces,
el que neciamente quiso
vèr felicidades, para
solo mirar precipicios.
Digolo, porque en acecho
de su afecto, ò su desvìo,
à corto espacio la reja
abrieron, y oyendo el ruido
se llegò aquel embozado,
y sin temer ser oìdo,
(que el silencio de la noche
nos facilitò el oírlo)
entre confuso, y amante,
de esta manera la dixo:
Si sois Constanza, segun
de mi fortuna colijo,
pues ha querido un acaso
solicitarme un alivio.
Yo soy aquel Cortesano,
que hart.s veces haveis visto
en esse vecino Bosque,
de vuestros ojos divinos,
ser idolatra, esperando,
que de un oriente propicio,
amanezcan muchos rayos
en dos soles divididos.
No pude escucharle mas,
porque haciendo en mì su oficio,
ò la colera, ò los zelos,
embesti con mi enemigo.
Saco la espada brioso,
y à pocos lances, herido,
midiò el suelo, confessando
(bien que à pesar de su brio)
en quedar menos ayroso,
que era el mas favorecido.
Alborotòse la Aldèa,
y para que descubrirnos
no pudiessen, à la fuga
fuè el entregarnos preciso.
Passè la noche entre penas,
ansias, quexas, y suspiros,
hasta que por la mañana
supe, que al primer indicio
de la Aurora, havia Constanza
de nuestra Aldèa salido
de orden del Rey, que à la Corte
la llamaba de improviso,
sin que mas satisfacciones
la debiesse el amor mio.
Que este ultimo accidente,
fuè el postrero parasismo
de mi amor, pues de su ausencia,
enfermando mi cariño,
al incendio de su agravio,
y de su tibieza al frio,
le entrò la accesion, de forma,
que en el ultimo conflicto
le diò muerte el desengaño,
y le sepultò el olvido.
Libre en fin de amor me hallaba,
que en el estado tranquilo
de una voluntad segura,
respira un aura el cariño,
que es del corazon alhago,
quando irritado Cupido,
de que mi cerviz huviesse
desechado el yugo antiguo,
que por fiera de su carro
rendir mis impulsos quiso,
segunda cadena, aleve
à mi libertad previno,
que ni la rompa el esfuerzo,
ni la quebrante el advitrio.
Y apenas oy el umbroso
natural verde artificio
del Bosque, huello por sendas
de cantuesos, y tomillos.
Escucho ruido de caza,
y à la novedad del ruido,
por saber quien le motiva,
romeros, y adelfas piso.
Hallo un Montero, de quien
me informè, como à aquel sitio
llegò el Rey esta mañana
con la Infanta, (que es lo mismo
que quisiste prevenirme)
y como era su designio
cazar en el Monte, y luego
en esse Alcazar vecino
passar la siesta: yo al vèr
satisfecha en los principios
mi duda, buelvo la espalda

para seguir el camino
de la Aldèa, y al llegar
à un arroyo fugitivo,
que linea de plata al Valle,
cruza el semblante florido,
vì en su margen; mas perdona,
si con recelo lo digo,
pues medroso de perder
thesoro tan peregrino,
no acierta neutral el labio,
ni à callarlo, ni à decirlo.
Era una muger tan bella,
que à ser la Region que habito
Chipre, juzgàra que Venus,
dexando el azul Olimpo,
para gozar de su Adonis,
este Bosque havia elegido.
Pasmè al verla, y dudò el verme,
y haciendo el temor su oficio,
iba à bolverme la espalda,
quando turbado la digo:
Por què, divina hermosura,
te hurtas à los ojos mios?
si es tan apacible el riesgo,
dexa que dure el peligro,
y haz esta vez un dichoso
del que infelìz ha nacido,
pues no es la fuga valiente,
si es cobarde el enemigo.
Por què, dì, me dexas, quando
en toda mi vida he visto
igual belleza? Permite,
yà que el cristal puro, y limpio
tu semblante ha duplicado,
que no el solo presumido,
vano murmure de essotros
arroyuelos cristalinos,
quando tengo yo mas alma,
y con mas ansias te miro.
Cobròse al oìr mi acento,
y con un risueño estilo,
dexando vèr pocas perlas
en breve rubì partido.
Agradeciò mi atencion,
y disculpò lo preciso
de su ausencia: fuesse, y yo,
sin norte, y sin alvedrio,
no atreviendome à seguirla,
(porque asi me lo previno)
la dexè, y passè adelante,
tan ciego, y tan discursivo
del nuevo accidente, que
me iba diciendo à mì mismo:
Traydor, ciego Dios vendado,
què es esto; quando me miro
libre de una esclavitud,
me pone amor nuevos grillos!
Què senda para la fuga
ha de haver, tyrano hechizo
del alma, si aquellos passos,
que à la libertad destino,
insensiblemente al alma
conducen al precipicio?
Y asi, de una enamorado,
quando estoy de otra ofendido,
suspenso con la esperanza,
è irritado del desvìo,
ni sè que hacer en tan fiero
mal, en tan duro martyrio,
sino olvidar, y querer,
entre tanto, que el impìo
dolor, que es para acabarme
tosigo de mis sentidos,
ò una dicha me prevenga,
ò un mal que acabe conmigo,
ò la muerte, que de todo
es el termino preciso.

Calf. Señor, tomar tan à pechos
las cosas, es desatino.
Mira, yo quise à Inesilla,
essa, que à Constanza quiso
servir de tercera, y no
de mi Padre San Francisco,
y la quiero; mas si topo
con otra de buen ocico,
la querrè, porque pensar,
que han de ser los hombres finos;
quando ellas los hacen frente
por su genio antojadizo,
ni es razon, ni puede serlo,
y mas quando son, y han sido,
y seràn duendes, y trasgos,
que enredan, y hacen dar brincos
al galàn de mas sossiego;

Ruido de cadenas dentro.

pero què es esto, Dios mio,
que apenas he dicho duendes,
yà en campaña los he oìdo?
Valgame Dios!

Fern. De què tiemblas?

Calf. Pues no has escuchado un ruido,
que suena à dos mil demonios?
Fern. No, mas aora lo percibo. *buelve à*
Calf. Ay, Madre de Dios bendita. *sonar.*
Fern. Què puede ser un prodigio
tan no esperado.
Calf. Algun alma
de algun sison, que anda à tiro
de que el Habito le quiten,
para baxar al abismo,
à buscar à Judas, Maestro
de Sisones, y Coritos.
Pero aora que en ello caygo,
este es, Señor, el Castillo
de esta Quinta, donde dicen
que se escuchan los gemidos
de una ignorada vision,
entre cadenas, y grillos,
sin que se sepa quien sea
el dueño, ò por què se dixo. (to,
Den.Hern. Ay de aquel infeliz, cuyo deli-
tiene en la propia culpa su castigo.
Calf. Ea, aqui acabò Calforras,
pues oye lo que no ha visto,
que es Duendes.
Fern. Viven los Cielos,
que yà que he ll.gado à oìrlo,
he de examinar tu espanto,
y por el menor resquicio
he de entrar à vèr el dueño
de este horroroso quejido.
Calf. Si has de ir, serà sin Criado,
que yo estoy casi sin tino.
Fern. Vèn, ò te darè la muerte.
Calf. No hagas tal, que yà te sigo.

Entran por una puerta, y salen por otra, y se vè una reja, por donde se vè à Hernan Ruiz, sentado, y suspenso, y à ratos como arrastrando una cadena.

Fern. Llega, pues, que àcia este lado
abierta una reja miro.
Calf. El Demonio que se llegue.
Fern. Yo me arrojo, mas què he visto?
Calforras?
Calf. Señor?
Fern. No vès,
aherrojado, y discursivo,
un misero, y triste Anciano,
acompañando à suspiros
el ruido de sus prisiones?
Calf. El Duende es, yo me santiguo,
que como suele vestirse
mil veces de Fraylecito,
se ha vestido aora de viejo.
Fern. Oye, por si hablar le oìmos.
Hern. Ay de aquel infeliz, cuyo delito
tiene en su propia culpa su castigo.
Fortuna, hasta quando, dime,
has de ser oprobio mio.
Yo que le he dado à Castilla
mas triunfos, que llorè olvidos,
reducido à vil prision;
y lo que es mas, reducido
à mis imaginaciones,
mis mayores enemigos.
No te bastò, Hernan Ruìz,
perder tu esposa, y tu hijo,
sin que à tanta soledad,
te reduzca tu destino!
Ay de aquel infeliz, cuyo delito,
tiene en su propia culpa su castigo.
Fern. Hombre es, que à piedad me mue-
el rostro no le distingo (ve,
con la mano en la mexilla,
lle a.
Calf. Que llegue un Judio.
Fern. Pues yo quiero hablarle: Anciano?
Hern. Hombre, quien quiera que ha sido,
què quieres à un infelice?
vete, que quien del destino
es objeto, no merece
que ninguno compassivo,
le oyga, le atienda, ò le mire.
Vase cerrando la reja.
Fern. Detente: cerrò el postigo.
Calf. Como es duende, al querer verle,
al instante se deshizo.
Fern. Calla necio; esta es prision,
que por sus graves delitos,
debe de encerrar à este hombre.
Dent.Ram. Fernando?
Fern. Què es lo que he oìdo?
Calf. La voz es de nuestro Padre,
que tambien soy yo su hijo,
pues me sustenta, y me sufre.
Sal.Ram. Què haceis en aqueste sitio?
Calf. Andar à caza de Duendes.

Fern,

Fern. Examinar un prodigio,
y al llegar à aquella reja
un grave Anciano advertimos,
que cargado de cadenas
estaba.
Ram. Ha Fernando mio,
quanto te tocan las quexas
de aquesse assombro que has visto!
Fern. Tocarme à mì?
Ram. No lo dudes.
Fern. Admirado estoy de oìrlo.
Ram. Yo te he venido buscando,
porque el Rey al bosque vino
à hablarte, y à hablar tambien
à tu Padre.
Fern. Y le has podido
vèr tù?
Ram. Para què, si yo
tu Padre no soy.
Fern. Què he oìdo?
Calf. Què no eres su hijo? y à quantos
tal vez sucede lo mismo,
creen que es su hijo aquel que crian,
y suele ser del vecino.
Ram. Que mas no ignores, Fernando,
quiere mi amor, y este aviso
hasta aqui darte no pude.
El Rey Don Sancho es tu Tio,
tu Padre, Hernan Ruiz de Castro,
esse que viste entre grillos,
y yo solo un deudo tuyo.
Calf. Ay Jesus! esto và lindo,
sobrinos somos del Rey?
en el cuerpo me ha metido
cien assadores la nueva.
Fern. Y còmo, si ha merecido
tanto Hernan Ruiz mi Padre,
vive en esse estado indigno?
Ram. Esso no puedo decirte;
mas vèn, que por el camino
te instruirè de lo demàs.
Calf. Y à mì, que quien ha nacido
sobrino del Rey, no debe
ser tonto, zurdo, ni vizco.
Fern. Donde vamos?
Ram. A la Quinta,
adonde à verte ha venido
el Rey; mas antes de todo,
venid à casa conmigo
para vestiros de gala.
Calf. De contento salto, y brinco.
Fern. Fortuna, à subirme empiezas
muy presto: y en tal destino,
ò no me eleves, ò no
me busques el precipicio. *Vanse.*
Calf. Fortuna, mucho te debo;
y pues pariente me miro
del Rey, preperame alguna
Infanta del baratillo.
Vase, y salen Elvira, y Constanza.
Elv. Junto al arroyo quedè,
como sabes, sola, y triste,
pues tù otra senda seguiste,
y alli donde me hallò fue.
En toda mi vida vì,
Constanza, mas cortesano,
ni mas atento Villano.
Const. Mil veces me arrepentì
de averte dexado, pues
segun pintarle has sabido,
es muy para conocido
un Labrador tan cortès.
Elv. Si vieras con què atencion,
con què brio, y gentileza
hizo salva à mi belleza,
te robàra el corazon;
bien que el tuyo estè inclinado,
y à Don Alvaro rendido.
Const. Ay prima, al contrario ha sido,
pues desde que he averiguado
que èl en el campo me viò,
que à mis rejas espiando,
una noche llegò, quando
quien yo aguardaba le oyò,
que cerrò ayrado con èl,
y que por èl (ay de mì!)
lo que estimaba perdì;
no ay veneno tan cruel,
que mas aborrezca el pecho.
Elv. Hartas veces me has contado
aquel sucesso passado,
de que aun no està satisfecho
tu amante, y consiste en que
à tu ventana llegò,
donde un embozado hallò,
que no supiste quien fuè.
Y que juzgando que era
à quien tu correspondiste,
à su acento respondiste,
y el otro con saña fiera,
lle-

llegò embistiendo con èl,
y à pocos lances le hiriò,
que assi que herido cayò,
con la confusion cruel,
que se dexa discurrir,
te retiraste à idear,
satisfacer tu pesar,
sin poderlo conseguir;
pues de alli à una hora llegò
quien de parte del Rey iba,
y te traxo, porque viva
gustosa contigo yo:
aunque el verte disgustada
bastante pena me dà.

Const. Alegrese la que està,
Elvira, de un Rey amada,
como tù, que en mì el pesar
se obedece como ley.

Elv. Quien te ha dicho, que ni el Rey
me ha merecido obligar?
Aì veràs, Constanza mia,
los caprichos del amor,
que de un galàn Labrador,
le agrada la bizarrìa,
quando desprecia un dosèl.

Const. Por cierto, capricho injusto!

Elv. Intentas darme un gran gusto?

Const. Sì.

Elv. Pues hablemos con èl.

Const. Mucho te gusta en verdad.

Elv. Esta memoria merece?

Const. Essa memoria, parece
que và siendo voluntad,
y de un villano no infiero,
que digno de tu amor sea.

Elv. Y el que tu viste en la Aldèa,
Constanza, era Cavallero?

Const. Sì lo era, que à mi entender,
quiso encubrirse por algo.

Elv. Pues tambien si esse era Hidalgo,
essotro lo puede ser.

Sal. Elen. El Rey tu Tio, Señora,
yà la batida acabada,
buelve àcia la Quinta.

Elv. Elena,
te ha divertido la caza?

Elen. A quien natural tristeza
oprime, todo le cansa:
y mas la continua imagen *apart.*
de mi delito.

Const. Esta Esclava
me admira, y no sè què piense.

Elen. Dexame, memoria infausta:
el continuado tormento
de mis sustos, no me basta,
sino el torcedor aleve
con que tu afán me maltrata?
Hà Cielos, quanto un error,
à quien le comete, acaba!

Elv. Què rara es su condicion!
jamàs la he visto la cara
con gusto, desde aquel dia,
que sucediò la desgracia
de la esposa de Hernan Ruiz,
à quien hallando culpada,
la diò muerte su marido.

Const. Mucho, sin duda, à su amâ
queria, pues assi llora
su fatalidad.

Elv. La gracia
de su modestia, y su agrado,
viendola desamparada,
despues de aquella desdicha,
à traerla me diò causa
à que me sirviesse.
Elena, què tienes?

Elen. Señora, nada,
porque sì bien un martyrio
me està penetrando el alma,
podrà acabarme su pena,
mas no podrè yo explicarla.

Const. Notable muger!

Sal. Inès. Havrà
Señora, dos horas largas
que te busco.

Const. Pues què quieres
Ines?

Inès. Si me lo pagàras
remuchissimo, te diera
la nueva mas soberana,
que havràs tenido en tu vida.

Const. No te detengas, acaba;
què ha sido?

Inés. He visto à Fernando,
y à Calforras.

Const. Calla, calla,
Inès mia, y no me engañes,
por dàr alivio à mis ansias.

Inès. Digo, que mala corcoba
dentro de una hora me salga,

(que no es poca maldicion
quererme vèr corcobada)
si no los he visto.
Gonst. Ay Cielos!
te hablaron?
Inès. Ni una palabra,
aunque echò àcia mì Calforras
dos ojos como dos asquas.
Const. A què vendràn?
Inès. Què sè yo,
si no es que de sacar traten
alguna por el Vicario.
Salen el Rey , Don Alvaro , y Tello.
Rey. Còmo en la prision se halla
Hernan Ruiz de Castro?
Alv. Triste,
gran Señor , lleno de canas,
y acompañando à suspiros,
los graves yerros que arrastra.
Rey. En todo no satisface
de la sangre derramada
de una Inocente , la injuria,
assi lo juzga la fama,
bien que no ay quien en su amparo,
osse tomar la demanda.
Elen. Ay quien por su desdiche *apart.*
sabe de todo la causa!
pero sea sepulcro el pecho
de la voz , porque si embarga
oy mi aliento la verguenza,
què producirà la infamia?
Rey. Què respondiò à mi consulta?
Tello. Gran Señor , no dixo nada,
solo este papel nos diò.
Rey. Sobrina , Elvira , Constanza,
haveis estado gustosas
en la batida?
Elv. A tus plantas
quien no ha de assistir con gusto.
Const. No ay placer , como la caza.
Rey. Apacible ha sido el dia.
Ay Elvira soberana, *aparte.*
quanto debes à mi amor!
Conmigo este papel habla,
veamos què dice.
Alv. Hasta quando,
hermosissima Tyrana,
ha de durar esse ceño?
Const. Hasta que vuestra cansada,
grosera , inutil porfia
no me irrite.
Inès. El hombre es maza.
Rey. Gracioso el papel està,
oìs lo que en èl me encarga
Hernan Ruiz de Castro?
Alv. Alguna
serà de sus arrogancias.
Lee el Rey. *Embiasme à consultar , à quien encargareis el baston de General de vuestras Tropas , respecto de haver acometido el Moro à las fronteras de Castilla ; y atendiendo à su valor , y experiencia , solo ay dos à quien fiarlo , ò el Rey Don Sancho el Deseado , ò Hernan Ruiz de Castro el Infeliz. Dios guarde à V. A.* Hernan Ruiz.
Alv. Què sobrada presumpcion!
Tello. Què sobervia confianza!
Rey. Altiva està la respuesta,
pero verdadera , y clara;
pues por sus hechos ilustres,
por sus valientes hazañas,
otro hombre como Hernan Ruiz,
dudo que le tenga España.
Y pues en todo este tiempo,
que ha que la prision le guarda,
contra èl , y de Estefanìa
en favor , no prueba nada,
ni el rigor de la justicia,
ni el furor de la venganza,
quiero tomar su consejo,
y anteponerle à mi saña;
pues dexar no puede el Rey,
el bien comun de la Patria.
Tello , vè por Hernan Ruiz,
y dì que venga à mis plantas
perdonado. *Elv.* Perdonado?
Rey. Si Elvira , de què te espantas?
Elv. De vèr, Señor, que aventures, *al oìdo.*
el pundonor de una hermana,
pues perdonando à Hernan Ruiz,
queda su culpa probada.
Elen. Albricias , corazon mio. *apart.*
que si en libertad se halla,
yà no rezela el peligro,
quien muere de la amenaza.
Rey. Si nada contra èl resulta,
sino es leves voces vagas,
y si ha menester el Reyno,
su fortaleza , y sus canas,

no

no es primero mi Corona,
que atender de una bastarda
al yà difunto decoro?
Alv. Generales no te faltan.
Rey. Si; mas no como Hernan Ruiz.
Tello andad.
Tello. Esso aguardaba
Vase, y salen Ramon, y Calforras de gala.
Ines. Elena, què novedad
en tu semblante se halla,
que està risueño?
Elena. No estrañes,
Inès, novedad tan rara,
porque de un instante à otro,
quiere mi suerte contraria,
que tenga alivio el deseo,
que logre el pecho bonanza,
quando piadoso el destino,
todos mis tormentos calma.
Ines. Toda eres mysterios, hija;
mas tu te entiendes, y basta.
Vase Elena.
Ram. Dame, gran Señor, los pies.
Rey. Ramon Fernandez, levanta.
Ines. Mira à Calforras, Señora.
Const. Es verdad: Albricias alma.
Rey. Donde queda mi Sobrino?
Ram. Aguardando queda, para
besar vuestros Reales pies,
la licencia en la antesala.
Calf. Y en el interin señor,
que èl llega à esphera tan alta,
un simple escudero suyo,
besa, y rebesa, y abraza
los imperiales juanetes
de vuestras heroycas patas.
Ram. Aparta loco.
Calf. No quiero.
Rey. Quien sois? què quereis?
Calf. No es nada;
soy el Amo de mi Amo
Don Fernando.
Rey. Seña rara!
señor de vuestro amo sois?
Calf. Si señor, y es cosa clara:
Yo le sirvo siempre à tuertas,
y el à derechas se cansa
en buscarme la comida;
es lo menos el comprarla,
es lo mas el adquirirla:
Pues si en està vida humana,
lo mas es comer, y à mi
me sustenta de reata,
yo sirvo de que me sirva,
buscando lo que me falta;
y asi me sirve de un todo,
sin servirle yo de nada.
Rey. Yà conozco lo que sois.
Calf. Hablàrais para mañana:
desde oy serè, gran Señor,
Sumillèr de carcajada.
Rey. Quedaos en Palacio.
Calf. Haràse
como tu Alteza lo manda,
que à un Sobrino tuyo, aùn
le viene estrecha la casa.
Ines. Sobrino? esse parentesco,
diga, de què arbol le saca?
Calf. Del tronco, que lo demàs
fuera andarse por las ramas.
Ines. Un Rey no tiene parientes
de Bodegon.
Calf. Buena planta.
Ines. Como la merece usìa.
Calf. Niña à picar la ensalada,
que à un Sobrino Real, ninguna
fregona ha de hablar en chanza.
Ines. Ay bufon mas exquisito!
Calf. Como me atisva Constanza.
Rey. Haced que entre mi Sobrino. (da
Sale Tello. Hernan Ruiz de Castro, aguar-
Rey. Llègue tambien.
Alv. A mi embidia,
solo vèr esto faltaba.
Sale Hern. De vuestros heroycos pies.
Sale Fern. De vuestras invictas plantas.
Hern. Llega un infelìz al sòlio.
Fern. Llega un dichoso à las aras.
Hern. Pues no ay muerte mas civìl.
Fern. Pues no hay vida mas hidalga.
Hern. Que experimentar piedades,
quien muere de sus desgracias.
Fern. Que triunfar de sus desprecios,
quien aspira à otras hazañas.
Hern. Quien eres, mozo atrevido,
que sin atender mis canas,
quando llego à hablar al Rey,
interrumpes mis palabras?
Fern. Y quien, anciano, eres tu,
que la inutil edad flaca,

que el tiempo dà por defecto,
quieres passar por ventaja?
Hern. Vive el Cielo, que à no estàr
delante de tal Monarca,
por un brazo te cogiera,
y à los Cielos te arrojàra!
Fern. Vive Dios, que por lo mismo,
(ya que de respeto me hablas)
no te he embiado al Infierno
de la primer cuchillada.
Hern. Pues yo? *Fern.* Pues yo?
Rey. Que es aquesto?
pues còmo à tu Padre amagas
Fernando? Sobrino? Y còmo
tù, Hernan Ruiz, à tu hijo tratas
de essa suerte?
Hern. Quien, Señor,
es mi hijo?
Rey. Esse con quien hablas.
Fern. Quien besa, Señor, tu mano, *alP.*
y os pide de su ignorancia,
una, y mil veces perdon.
Hern. Fernando, abrazame, abraza,
que vive Dios, que lo dixe,
assi que vì tu arrogancia.
Calf. Que no haya viejo, que dexe
de roncar, quando le ladran.
Fern. Y assi que vì yo tu brio,
me dixo à gritos el alma,
que eras, (vive Dios) mi Padre,
que à ser otro, yà temblàras
de haverme visto enojado.
Hern. Hasta en esso me retratas,
con el sobervio, sobervio:
perdonad, que assi me vaya
tras mi afecto, gran Señor.
(Ay perdida prenda amada!)
Muy crecido estàs Fernando:
como en edad tan temprana
te apartaron de mi vista,
tus señas estàn trocadas.
Ay lastimosas memorias!
no me affijaìs mas, yà basta.
Fern. Calforras, Constanza no es
aquella? *Calf.* La misma.
Fern. Hà Ingrata!
y la que encontrè en el bosque
es essotra.
Calf. A pares andan.
Elv. Cielos, albricias, pues es
el Labrador, que en la caza
hallè el hijo de Hernan Ruiz;
mejoròse mi esperanza.
Const. Aun no ha buelto à verme,
hà injusto!
Ines. Es que le dura la rabia,
y como no le saludan,
no bolverà en dos semanas.
Rey. Valiente Hernan Ruiz de Castro,
no ignoras las grandes causas,
(no son para repetidas
mejor estàn olvidadas)
por cuyos altos motivos,
en prision prolixa, y larga,
te ha tenido mi justicia,
y oy mi clemencia te saca,
yo he tomado tu consejo,
y assi contra las esquadras
de Abenhit, Rey de Sevilla,
quiero entregarte mis armas,
con el voto, que me diste,
à quien mi eleccion abraza,
te has puesto tu en el empeño:
no dudo, que ayroso salgas,
que bien conocen los Moros,
los azeros de essa espada.
Por mar, y tierra pretendo,
castigar la fee quebrada,
de un barbaro, que me niega
el feudo, que me pagaba.
Cinquenta Galeras bruman
al salobre mar la espalda,
y en tierra treinta mil hombres
forman otra nueva Armada:
tu has de mandar ambas huestes,
y de suerte has de mandarlas,
que si assistes al de tierra,
y en el mar General falta,
ha de ser à tu eleccion,
para no errar la jornada,
y que tus ordenes siga,
yendo à un fin, pues cosa es clara,
que en haviendo dos advitrios,
no logran, y se embarazan.
Oy has de marchar, oy mesmo,
que està la gente aprestada.
Estos son los dos bastones,
mira el uno à quien lo encargas,
que de ambos me has de dàr quenta,
y buelva desde oy tu lanza

à ser, blandida, terror
de las Lunas Africanas.

Alv. Grande honor!

Tell. Notable premio!

Calf. Y que à un hombre de mis garras
no nombre General? Pero
quando se ha visto en batallas,
quien se vè del Rey Sobrino?

Hern. No sè como darte gracias,
Rey Don Sancho el deseado,
por mercedes, y honras tantas;
pero yà que de mì fies,
Señor, empressa tan ardua,
el medio de agradecerla,
es, saber desempeñarla.
Regirè por mi persona
de la tierra las esquadras,
y no pudiendo partirme
en dos, para que las aguas,
siendo à mis canas espejos,
plata retraten en plata,
no es justicia, que pretenda,
que à que yo les mande vayan
tantos valientes Fidalgos,
que en la Corte te acompañan;
(mejor dixera embidiosos,
que no sabiendo imitarlas,
de mis hazañas murmuran)
quedense, Señor, en casa,
que dexar de mi mandarse,
lo tendràn por accion baxa.
En nombre tuyo, à Fernando,
de General de la Armada
tengo de darle el baston,
solo experiencias le faltan;
essas, yo las suplirè
con mi aviso, y con que trayga
ancianos siempre à su lado,
que goviernen su bizarra
condicion. Yo solo assi
mando el mar, y la campaña,
pues Fernando es otro yò;
no ay de Hijo à Padre distancia.
De esta suerte, gran Señor,
yo te empeño mi palabra
de sembrarte de Alquiceles,
de turbantes Almalàzas,
desde Toledo à Leon,
y desde el Tajo à Guadiana.

Fern. Por mi solo te prometo,
si una vez tocan al arma,
bolver pavesas las hondas
al incendio que me abrasa.
Encender pienso à Sevilla,
desde el mar, sirviendo de asquas
de cristal, quantas centellas,
en crespas olas dispàra
el golfo, y que sus almenas,
torres, fuertes, y murallas,
al triunfo de mis victorias
les sirvan de luminarias.

Hern. Quedo Fernando, que pide
mas obras, que no palabras
este caso.

Fern. Allà verèmos
el que se lleva la gala.

Rey. Todo, Hernan Ruiz, à tu arbitrio,
buelvo à decir, que se encarga;
vèn, que hay que comunicarte.

Hern. Tu hechura soy.

Alv. Que assi haga
mercedes à quien le ofende
el Rey? y del que con tanta
lealtad, como yo le sirvo,
no se acuerde para nada?
fin mi de colera estoy.

Rey. Alvaro, Tello, las guardias
disponed, y las carrozas.
Ay Elvira, toda un alma
el dissimular me cuesta. *Vase.*

Alv. A obedecer lo que mandas
voy.

Tel. Harè lo que me ordenas. *Vase.*

Const. Inès, no vès que reacia
se està Elvira; vèn, que luego,
dando para que se vaya
lugar, podemos bolver,
que deseo con mil ansias
satisfacer à Fernando.

Passa Constanza, hace una cortesìa, y muy grave le quita el sombrero Fernando.

Ines. No miras quan de fantasma
quita el sombrero?

Const. Por señas
dile, que se estè en la quadra,
hasta que bolvamos. *hace señas Ines.*

Calf. Bien. *Fern.* No las mires.

Calf. Hà bellaca? *Elv.* Solo queda.

Fern. Serafin
de esta esfera soberana,
Angel de este paraìso,

si es que para mi, el alcazar
de las fortunas del bosque
alguna porcion me guarda,
mil veces enhorabuena
te hallo en èl, pues colocada
al Altar de este Palacio,
del dosèl de la Campaña,
podrè con mayor razon
sacrificar à tus àras,
en revenente holocausto,
vida, sèr, aliento, y alma.
Calf. Tomese usted si està tierno;
el mozo se hace unas gachas.
Elv. Bizarro Zagal, à quien
aun antes que penetràra
tan noble estirpe, mirè
menos esquiva, y estraña
que à ninguno, enhorabuena,
del rudo principio salgas
de tu Aldèa, à que la Corte,
sus Galanes, y sus Damas
se alegren con tu presencia,
se mejoren con tu gala,
con tu valor se defiendan,
y con tu ingenio se aplaudan.
Calf. No està muy verde esta breba.
Buelven al paño Constanza, y Ines.
Ines. Presto buelves.
Const. Mal descansa
el corazon, hasta hablarle.
Ines. Pues detente, que la plaza
està ocupada.
Const. Què veo?
Fern. No mas que menos uraña
os merece mi fineza?
Elv. En deydades mas que humanas,
el estàr menos esquivas,
es estàr muy obligadas.
Fern. De què me sirve (ay de mi!)
essa piedad cortesana
con mi amor, si aun no la logro,
quando es fuerza, què me parta
al mar, donde la ausencia
se aproveche de sus aguas;
y pudiendo aqui aplaudirla,
allí es preciso llorarla?
Elv. Pocas veces, quien se ausenta,
se acuerda de lo que ama.
Fern. Si: porque el que no se olvida,
no le hace el acuerdo falta.
Calf. Mire usted, si es que en mi Ama
tal temor le sobresalta,
yo le diera un buen remedio.
Fern. Loco:
Calf. Mire como habla,
que aqui hacemos su negocio.
Elv. Y qual es?
Calf. Darle una alhaja,
que como siempre la viera,
siempre de vos se acordára.
Elv. Y todo esso ha menester?
Calf. Señora mia de mi alma,
adonde havrà sus seiscientas,
sin terceras, ni criadas,
esso, y mas ha menester
para acordarse entre tantas.
Const. Bueno và esto.
Ines. A tì te soplan
el Galan, si à otros la Dama;
y tambien es el Criado
Alcahuetico.
Fern. Bastaba
que llevasse por favor,
en essa purpurea Vanda,
un Iris, que serenasse
de mi ausencia la borrasca.
Elv. Mucho pedìs. Al descuido *ap.*
procurarè que se cayga
la Vanda, pues de essa suerte
consigo darla, sin darla.
Fern. Mucho pido? mas no es mucho,
puesto que vos no dais nada.
Elv. Yo, aunque: mas la Vanda, Cielos,
se me cayò.
Sale Const. Para alzarla,
yo estoy aqui.
Calf. Embocate essa.
Fern. Advertid, que ya se halla
en mi mano.
Const. Y en la mia.
Elv. Sueltasela tù, Constanza,
que quiero yo que la lleve.
Const. Què es, que se la suelte? alhajas
de mi Prima, solamente
con el respeto se tratan,
y es muy civil ossadìa,
(el pecho en zelos se abrasa)
que haya quien aleve, ingrato,
traydor, infiel:
Elv. Basta, basta.

Const.

Const. A un desperdicio se atre va
de deydad tan soberana!
Elv. Constanza, pues quien te mete
en bolver tù por mi causa?
De quando acà andas tan fina
con mi respeto?
Calf. Zarazas.
Const. Desde que con tus acciones,
tu mismo respeto ultrajas.
Elv. A buen punto hemos llegado,
solo que me riñas falta.
Const. Yo no riño, sino advierto,
quan mal parece, que hagas
tales acciones.
Elv. Estàs
por mi Maestra nombrada,
Prima?
Const. No por cierto, Prima.
Ines. Las Primas, segun lo mascan,
parecen negras, Calforras.
Calf. Mucho serà, que estas Damas
no se pongan como negras.
Elv. Ya conozco de què nazca
tan aspera reprehension,
y yà que reñir me tratas,
por algo ha de ser, escucha.
Yo quedo muy obligada
de vuestra amante fineza,
Fernando, y pues es usada
en Palacio la licencia
de festejar à sus Damas,
yo, como pedìs, admito,
en mi obsequio, vuestra urbana
atencion, y por principio
de premio à tan finas ansias,
poneos essa Vanda al pecho,
que bien podeis, y estimadla,
pues me cuesta una pendencia
dexarla en vos empleada.
Y tu Prima, si esta accion
sientes tanto por mi fama,
sientela mucho, que yo,
estando ya executada,
podrè ayudarte à sentirla,
mas no puedo remediarla. *Vase.*
Ines. Buenos quedamos amor.
Calf. Què apuestas à que se arañan
entrambas Primas por tì.
Const. Hasta aqui solicitaba
saber, Señor Don Fernando,
de vuestro ceño la causa;
yà desde oy no intentarè
cansarme en averiguarla,
pues sabiendo, que el motivo
de que me bolvais la espalda
es, dignamente emplearos
en la beldad soberana
de mi Prima, fuera injusto,
à tan divinas ventajas
presumir yo competencias.
Vivais edades muy largas,
en su amor, y en su fineza,
que de fortuna tan alta,
os doy mil enhorabuenas.
Fern. Y yo, por no malograrlas,
las recibo muy gustoso,
aunque pudierais guardarlas,
hasta vèr si tambien ella,
tiene terrero, y ventana,
por donde con otro Amante,
hable, de la noche al alva,
y sea fuerza huir tambien
de quien traydora, quien falsa,
aleve, injusta, y cruel,
à uno admite, y à otro engaña,
como vos.
Const. Calla alevoso,
traydor, fementido, calla,
que si esse fuera el motivo
solo de que me dexàras,
no era menester buscar
tan ruin, è indigna venganza,
como que viendolo yo,
festejasses à otra Dama:
luego es querer con mi injuria
dissimular tu mudanza.
Ines. Todos los hombres son unos,
quien à todos los quemàra.
Calf. Quien à todas las mugeres
las pudiera vèr tostadas.
Fern. Con que no es verdad, aleve,
que vì un hombre, que te hablaba
por la reja, y que con èl
reñì zeloso à estocadas?
Const. Sì; pero plegue à los Cielos,
que ardiente rayo me parta,
si yo à esse hombre dì motivo,
para que assi se arrojàra
à hablarme.
Fern. Calla, que es essa

muy

muy fria, y muy mal fundada
satisfaccion.
Const. Y es mejor,
de agraviarme cara à cara
la disculpa, que me dàs?
Sale Alvaro.
Alv. Por vèr si encuentro à Constanza,
doy à esta quadra la buelta:
mas què es lo que miro, sañas?
hablando està con Fernando;
solo zelos les faltaban
à mi embidia, y mi rencor.
Salen Elvira, y Elena.
Elv. Por salir de mi tyrana
sospecha, buelvo contigo
Elena, mas no me engaña
mi presuncion.
Ele. Es aquel?
Elv. El es, y està bien hallada
mi Prima con èl; escucha.
Ele. Hà Cielos, si este supiera *aparte.*
mi traycion, qual la venganza
seria de sus furores.
Fern. Todas son razones vanas.
Const. Mi bien, Fernando, mi dueño.
Alv. Què oygo penas?
Elv. Què oygo ansias?
Const. Assi mi cariño ofendes?
assi mi fee desamparas?
Fern. Quien por ti riñe de noche,
bolverà por la demanda,
dexame. *Const.* Como dexarte;
antes, traydor, que te vayas,
me has de dàr la Vanda.
Fern. Advierte:
Const. Pues què, intentabas llevarla
contigo? *Fern.* No la he de dàr.
Const. Mira: *Fern.* Suelta:
Const. Atiende: *Fern.* Aparta,
que es en vano pretenderla.
Const. Pues no me he de ir sin cobrarla.
Fern. Como es esso dable.
Sale Alvaro. Haviendo
quien os la quite à estocadas.
Fern. Quien ha de ser esse?
Alv. Yo. *Fern.* Dificultosa es la hazaña,
Elv Què miro? *Fern.* Advierte:
Const. Què veo? *Alv.* Repara.
Fern. Desvia:
Calf. Buena anda la gresca.
Alv. Quita. *Ines.* Buena và la danza.
Fern. Dexame, que dè la muerte,
à quien con vida se halla
tan mal, que me enoja à mi.
Alv. Què vanaglorioso hablas,
què jactancioso discurres:
mejor fuera, que guardàras
todo esse brio, Fernando,
para bolver por tu fama.
De los favores del Rey,
y los que tu Padre alcanza,
no te cabe en todo el pecho
la vanidad temeraria,
sin mirar, que tales honras,
mas que te ilustran, te infaman:
mucho mejor pareciera,
que el credito restauràras
de una difunta hermosura,
que andar galanteando Damas.
Mas pues à tu honor no atiendes,
yo te espero en la Campaña,
adonde te enseñarè
à hablar bien à cuchilladas. *Vase.*
Salen el Rey, Ramon, Hernan Ruiz, y Tello.
Fern. Espera: *Todos* Tente.
Rey Que es esto?
Fern. No es nada, Señor, no es nada:
ha infame! Viven los Cielos,
que te he de arrancar el alma. *Vase*
Calf. Con mi Amo fanfurriñas?
sal aqui tù durindaina;
voto à los Cielos de Christo,
que le he de oradar la panza.
Rey. No me decìs, què es aquesto?
Const. Que travados de palabras
Alvaro, y Fernando, vàn
à reñir. *Rey.* Don Tello, anda,
trae à mi Sobrino, y prende
à Don Alvaro; à que aguardas?
Hern. No os apassioneis Señor,
que si Don Alvaro trata
con Fernando la pendencia,
no le arriendo la ganancia.
Const. Id Señor à detenerlos.
Elv. Constanza, estàs asustada?
Const. Mas lo puedes estàr tu.
Rey Venid, no alguna desgracia
suceda. *Vase.*
Ram. Què te parece
de

de tu hijo, Señor.

Hern. La alhaja
mas superior es del mundo;
valiente es como la espada
de Bernardo: bien, pariente,
se le luce tu crianza. *Vase.*

Elv. Constanza, mucho me espanto,
que dès lugar à que haya
por ti de suceder esto.

Const. Que me riñesses faltaba.

Elv. Como me riñes tu à mì,
y caes en la misma falta,
no es mucho que de ti aprenda.

Const. Es que yo:

Elv. No digas nada,
que estàs con susto; vèn Prima,
tomaràs un poco de agua.

Const. Mejor es que tu la tomes,
que aun no estas muy recobrada. *vans.*

Ines. Elena, què dices de esto?

Ele. Dexame Inès, que quien anda
con su pensamiento, en tristes
imaginaciones varias,
quanto escucha, y quanto mira
le asusta, y le sobresalta;
y mas à mi, que no hay sombra,
ni hay voz, accion, ni palabra,
que no me acobarde toda
la dulce region del alma. *Vase.*

Calf. Gran muger es esta, cierto
que es aguda por lo esclava.

Ines. Calforras. *Calf.* Como Calforras?
grossera, insolente, fatua,
Calforras? yà es otro tiempo.

Ines. Ola, pues como es su gracia?

Calf. Don Calforras; y aun es Don
muy corto à mis circunstancias.

Ines. Claro, està que un Cavallero,
que arnero maneja, y paja,
no es paja lo que merece.

Calf. Por Dios, que has tenido gracia;
pero à la verdad, si yo
à quererte me inclinàra,
(porque pudiera tentarme
el Diablo por cosas malas)
me quisieras?

Ines. Memorial, *muy grave.*
y se harà vèr en la Sala.

Calf. O en la alcoba, que bien puede
haver cosa necessaria.

Ines. Idos pues.

Calf. Puerca, cochina,
fregona, y carantamaula,
pues assi te desvaneces?

Ines. Mugeres de mi calaña,
no dan à un bufòn audiencia,
sino en silla. *Calf.* O en albarda.

Ines. Buelvame à vèr; pero ahora
vayase muy noramala.

Calf. Bien està; mas vaya usìa,
que ya el barreño la aguarda.

Ines. A Dios, cabeza de bola
de chapitel. *Calf.* A Dios, cara
de longaniza rellen. *Hacen que se van*

Ines. El se và. *Calf.* Pues ella marcha.

Ines. A mi este desayre Cielos.

Calf. Y que sufra yo esta infamia:
yo la llamo. *Ines.* Yo le llamo.

Calf. Ha Doncella.

Ines. Hà buena alhaja.

Calf. Què me manda Useñoria?

Ines. Que à la primera rociada *muy grave.*
de amor, no penseis lograr;
pues presumir que una Dama
como yo, à un solo te quiero
ha de rendirse à unas ansias,
no es razon: prosiga el mono
en rondar lo que idolatra,
que quando no consiguiere
esta hermosa mano blanca,
la pretension de adquirirla,
à llenarle de honor basta.

Calf. Señora, si yo. *Ines.* No mas.

Calf. Ved que me està dando gana.

Ines. De què? *Calf.* De daros:

Ines. Decid.

Calf. Muchissimas bofetadas.

Ines. Anda Lacayo.

Calf. Anda Puerca.

Ines. Què camuesso.

Calf. Què manzana.

Ines. Què cuero tan de taberna.

Calf. Què grandissima borracha.

Vase cada uno por su puerta.

Fin de la primera Jornada.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Ramon, Fernando, y Calforras, de noche.

Ram. NAda preguntarme intentes,
que nada decirte puedo.
Fern. Pues buelvete desde aqui,
que estàr solo en el terrero
me importa.
Ram. O quanto le cuesta
saber, con que fundamento
Alvaro le echò sus faltas
en la cara; sus defectos
sepalos por otra parte,
que por mi no ha de saberlos. *Vase.*
Calf. Què te decia Ramon?
Fern. Pesares dissimulemos: *aparte.*
que estuviesse prevenido,
que no obstante, que en secreto
mi Padre, y yo hemos besado
la mano al Rey, y le habemos
dado quenta de los dos
triunfos de nuestros aceros,
por honrarnos ha mandado,
que en pùblico razon demos
por menor de ambas victorias.
Calf. Gran dia de lucimiento.
Fern. Que es lo que me querrà Elvira,
que de noche, y con misterio
tan grave me embia à llamar?
Calf. Presto de dudas saldremos,
pues me dixo Elena, que
hecha nocturno estafermo,
de parte de su Señora,
de essa reja tras los hierros
estarìa, à darte aviso,
para que en el quarto luego,
donde su Ama estarìa, entrasses
por el postigo pequeño
del muro.
Fern. Yà llegamos,
vèn tras mi.
Ele. Aunque contra el genio *à la reja.*
de mis tristezas, me mande
Elvira (valedme Cielos!)
que llame à Fernando, còmo
se han de hermanar en mi pecho,
las obediencias, que huyo,
con las ansias que padezco?
Fern. No hagas ruido.
Calf. Esso me dices,
quando voy pisando huevos?
no van à Maytines Frayles
descalzos con mas silencio.
Ele. Cè, es Fernando?
Fern. Elvira es esta.
Calf. Y si fuesse algun mochuelo,
que son aves agoreras?
Fern. Calla loco, que mi pecho
sossiega con este aviso.
Ele. Vèn, que yà ha llegado tiempo
de hacerte amor venturoso.
Por otro lado salen Don Alvaro, y Tello.
Alv. A que buena ocasion, Tello,
llegamos, pues solo el Parque,
verè si la dicha tengo
de hablar à Constanza.
Tel. Como ha de estàr solo, si veo
(si no me engañan) dos bultos?
Alv Sin mi estoy; que serà esto?
Fer. Es Elena? *Ele.* Si.
Fern. Pues abre. *Ele.* A quien?
Fern. A quien està pronto,
llamado viene de Elvira.
Entra Fernando, y cierra la puerta Elena.
Ele. Fernando es: ya te obedezco.
Alv. Mas que es Cielos lo que miro,
por el postigo, que abrieron,
uno entrò: fuego respiran
los volcanes de mi pecho:
Quien serà (Cielos matadme!)
quien logra lo que yo pierdo?
Tel. Con conocer al que afuera
se ha quedado, lo sabremos.
Calf. El se entrò, y yo quedo solo:
pero como solo? miento,
que allì ay dos, y dos millones
se figuran en mi miedo.
Marimanta, y à estas horas?
porrazos me pide el cuerpo,
temblando de horror estoy.
Alv. Ardiendo en colera llego:
Cavallero:
Calf. Mas abaxo. *Alv.* Hidalgo.
Calf. Otro poco menos.
Alv. Hombre.
Calf. Ni aun esso, que estoy
en sospechas de no serlo.

Yo dixera, que un sobrino
del Rey, mas no han de creerlo.
Alv. Seais lo que fuereis, yo estoy
empeñado en conoceros.
Calf. Pues por la fee del Bautismo
me dexe ir, que soy tan lerdo,
que no sè como me llamo.
Alv. No con disimulos necios
me disuadais la intencion
de saber, quien desatento,
de tan venerado sitio
profana el noble respeto,
y assi decidme quien sois.
Calf. Vedle ay usted, que no quiero.
Alv. A tan grosera ossadia,
no ay otra respuesta. *sacan las espadas.*
Calf. Hà perros,
pensais, que ha de ser por fuerza
gallina el Gracioso? Pero
bueno es que la espada sirva
la muralla de coleto:
bergantes, dos contra uno.
Sale Hernan Ruiz haciendo cara à los dos, y por detras de ellos se và Calforras.
Hern. Yà hidalgo está aqui mi aliento
para igualar la ventaja.
Calf. Pues yà en esta danza dèxo
metido à otro, no queramos
aventurar el secreto. *vase.*
Alv. Bizarro sois vive Dios.
Hern. Dias hà, que lo sabemos.
Tell. Tente Alvaro, que es Hernan
Ruiz de Castro.
Alv. Bien su denuedo
lo dice, antes que su voz.
Hern. Alvaro, Tello, què es esto?
Alv. Dudar còmo en vuestro juicio
cabe el atrevido excesso
de hacer espaldas à quien
profana arrestado, y ciego
el sagrado de este Alcazar.
Hern. Mirad que yo solo vengo
al ruido de las espadas,
que me avisò desde lexos.
Tell. Luego no sois quien quedò
en guarda del que sobervio
entrò por esse postigo.
Hern. Mal lo que decis entiendo,
y à saber vuestra sospecha,
huviera, del lado vuestro,
procurado averiguarlo.
Alv. Haviendo visto el empeño,
con que guardais essa puerta,
que yà lo he sabido creo,
y para que sin castigo
no se vaya, estàr resuelvo
aguardandole hasta el Alva. *vase.*
Tell. En averiguados yerros,
frivolas disculpas, son
estudiados fingimientos.
Darè quenta al Rey, pues à èl
le toca poner remedio,
sin expressar la malicia
de que ha sido el que entrò dentro
su hijo, pues assegurarlo es peligroso
hasta verlo. *vase.*
Hern. Què enfasis son los que escucho
à cobardes lisongeros,
que disgustados os tiene
mi fortuna; mas pues puedo,
prosiguiendo mi camino,
ir à Palacio, à lo menos,
para empezar su castigo,
me servirà de consuelo
los porrazos que han llevado,
y el temor que me tuvieron.
Vase, y sale Elvira, Fernando, y Elena con luces.
Fern. Mucho, Elvira, me prometes,
Elv. Pues todo lo que te prometo
cumplirè; à un balcon Elena
te pon, y avisame, en viendo
passar por el Jardin gente.
Ele. Si harè. Corazon, què nuevo
susto es el que se me añade,
siempre que à Fernando veo.
Mas si contra èl resultan
los perjuicios de mis yerros,
què mucho, que su semblante
duplique mis desalientos. *vase.*
Elv. Yà, Fernando, estamos solos,
no es razon nos acordemos
de platicas de amor, quando
està tu amor de por medio,
primero es èl:
Fern. Ay de mi!
Elv. Parece que yà mi acento
en la parte lastimada
te hiriò.

Fern. Mal negarlo puedo:
Y porque al verte no ocultes
las tibiezas de mi afecto,
pues adivinas la causa,
suple, Elvira, los efectos.
Elv. Desde el dia de aquel lance
con Don Alvaro, en que luego
mediando el Rey, mandò
poner perpetuo silencio,
en tus tristezas he visto
patentes tus sentimientos;
y aunque todos, de piedad,
de temor, ò de respeto,
te permiten el desdoro,
por escusarte el tormento;
yo, en quien puede mas, Fernando,
la inclinacion que te tengo,
determinada à curar
tu mal estoy.
Fern. Ahora veo,
que eres tù sola la fina,
y que à ti sola te debo
el amor, que te consagro,
pues mis desdichas sabiendo,
à pesar del dolor, quieres
sanarlas.
Elv. Escucha atento,
que para cumplir con todo,
desde su principio empiezo,
franqueandote las noticias,
que por essa esclava tengo,
como testigo de vista
de todo. *Fern.* Absorto te atiendo.
Elv. Don Alonso, Emperador
de Castilla, cuyo Cetro
dexò en Sancho el deseado
sobstituìdo el Govierno.
Tuvo tres hijas, la una
fuè mediante el casamiento,
y la llamaron Constanza,
que en floridos años tiernos
casò con Luis, Rey de Francia,
poniendose en lazo estrecho,
à Leones, y Castillos,
las Lises de Clodovèo.
La otra de las dos, de quien
para el caso que refiero
necessito, fuè tu Madre
Estefanìa, un portento
de belleza, y de virtud;
bien, que de amoroso, tierno,
dulce fruto; mas tan noble
por su Madre, que el Rey mesmo
no aspiràra à ser mejor,
bastabale el ser tan bueno.
Pretendieron su hermosura
los primeros Cavalleros
de Castilla; diòla el Rey
à Hernan Ruiz de Castro, viendo
que ninguno le excedìa
en sangre, y merecimientos.
Uno de los que con mas
fineza siguiò este empeño
fuè Fortàn Ximenez,
hombre tenàz, ossado, y sobervio;
y no obstante el desengaño,
que casandola le dieron,
prosiguiò en demonstraciones
de enamorado, tan ciego,
que huvo menester tu Madre
para vencer sus extremos,
que le tuviesse este enfado
de costa muchos desprecios.
Cerrò puertas, y ventanas,
huyò lances, buscò medios
para librarse de un hombre
tan amante, y tan resuelto.
Y en fin, quando presumimos,
que parasse todo aquesto
en vencer ella su arrojo,
y en ceder èl de su ruego,
supimos, que receloso,
bien que recatado, y cuerdo,
andaba Hernan Ruiz de Castro
penetrando, è inquiriendo,
ladron de su misma casa,
sus agravios, ò sus zelos,
que el honor, zelos, y agravios
tienen un semblante mesmo.
Una infausta obscura noche,
en que parece que el Cielo,
por no mirar el horror
del mas tràgico sucesso,
cubriò con nieblas su rostro,
donde son tantos Luceros
trèmulos ojos, que al ayre
le estàn pestañeando incendios,
sabiendo Hernan Ruiz el hurto
de su honor, que yo no creo,
mentira fuè, testimonio,

esso

esso afirmo, y esso entiendo.
Y haviendo fingido antes
una ausencia, al mismo tiempo
que le avisaron, que andaban
sombras rondando, y midiendo
sus ventanas, y sus puertas,
vino à su calle encubierto.
A poco rato que estuvo,
donde verle no pudieron,
descubriò dos embozados,
hizo una seña uno de ellos
cerca de la puerta falsa
de su casa; respondieron
desde una rexa, y en fin,
viò despues, que entraban dentro:
dexò que huviessen cerrado,
y dissimulando el fuego,
que en el corazon ardìa,
aplicando un instrumento,
de quien iba prevenido,
al postigo (por ser cierto,
que el ir por essotra puerta
era ruido sin efecto)
dexò por la cerradura
caer la llave en el suelo,
abriò con la que tenia
despues, y nada sintieron,
ò por su mucha razon,
ò por su mucho silencio,
ò porque el Cielo permite,
que los que obran tales yerros,
ni vean, ni oygan, ni discurran,
en su propio error embueltos.
Algunos passos anduvo
en el Jardin, y al reflexo
de una luz, algo distante,
que escasa concediò el viento,
viò una muger en el trage,
y con los vestidos mesmos,
que en casa traìa su esposa,
sentada sobre el extremo
de una fuente, y en sus brazos
gozando amantes requiebros
un hombre: hasta aqui llegar
pudo un noble sufrimiento.
Sacò la espada animoso,
y acometiòlos, diciendo:
Assi, infames, se castigan
tan torpes atrevimientos,
contra el honor de Hernan Ruiz,
y al infelice mancebo,
passando el pecho dos veces,
le dexò à dos golpes muerto.
De este tiempo aprovechada
la muger, huyò, (siguiendo
su fuga Hernan Ruiz) y entròse
por la Galerìa, que en medio
del Jardin caìa, matando
las luces al ir huyendo,
al tiempo que la iba buscando,
quando oyò cerca los ecos
Hernan Ruiz de Estefanìa,
y guiandose por ellos,
sin dexarla articular
en su disculpa un acento,
la llenò de mas heridas,
que ella pudo formar ecos.
Cayò muerta, y al rumor
los Criados acudieron,
y el Aya entre ellos contigo,
pues dicen, que eras tan tierno,
que viendo muerta à tu Madre,
la imaginaste durmiendo,
y echandola entrambos brazos,
los apartaste sangrientos.
A un horror tan lamentable
todos quedaron suspensos,
y mas quando en el Jardin
el cuerpo reconocieron
del joven Fortàn Ximenez,
contra tu Madre creciendo
à esta evidencia el indicio,
sin saber què se havia hecho,
pues no se hallò, y dentro estaba
el cobarde compañero.
Mandò à su deudo Ramòn
te conduxesse à aquel Pueblo,
donde te criò con nombre
de hijo, hasta que el tiempo
declarasse, si debìa
tenerte por su heredero.
Quiso hacer su fuga al Alva,
quando de orden le prendieron
del Rey, y en aquella Torre,
en donde habitò, funesto
Panteon de un muerto vivo,
le encerrò con tal mysterio,
que los que sin vèr la causa,
escuchaban el estruendo,
imaginaron que andaban

fantasmas, y encantos dentro,
y esto por averiguar,
si el haver à su hija muerto
era con causa, ò sin ella,
pues en indicios diversos,
yà iban los antecedentes
su inocencia trasluciendo.
Llegò à terminos el caso
de ser fuerza, segun Fueros
de Castilla, hacer probanza;
y esta, en los estilos nuestros,
no la executa la pluma,
sino la escrive el acero,
presentando la acusada
del Crimen un Cavallero,
que la defienda; y quien queda
vencedor en campal duelo,
es el que prueba mejor,
y el que sale con el pleyto.
No dudàra yo, que Alfonso
hiciera el ultimo esfuerzo
por el honor de su hija;
pero cortò sus intentos
la parca, y el Rey Don Sancho,
en negocios de su Reyno
ocupado, no cuidò
de proseguir el empeño,
haciendo su tolerancia
creer à quantos el reto
anhelaban, que no estaba
muy en favor el processo
de tu Madre Estefanìa;
pero nunca lo creyeron
con mayor motivo, que oy,
que en igual de que severo
continuasse en su castigo,
le librò, y llenò de premios,
haciendole General
de las Armas de su Imperio.
Quien duda, que esto fuè dàr
lo obrado por muy bien hecho;
ni quien duda, que resulta
contra tì, pues heredero
del deshonor de tu Madre,
con ella estàs padeciendo.
Tu estàs sin honra, Fernando,
mientras à tu nacimiento
arguye nota el baldòn
del material adulterio:
Esso te quiso decir
Alvaro, quando sobervio,
te arguyò con tu desgracia,
y esto todos echan menos,
que no defiendas tu causa,
y permitas, que en defecto
de que haya quien la defienda,
ò por traycion, ò por yerro,
padezca de Estefanìa
la inocencia; y pues yo he hecho
lo que debo en avisarte,
pues permitido el festejo
mio, fuera en mì desdoro
no intentar los lucimientos,
queriendote desayrado,
noble, ossado, altivo, y cuerdo;
leal, atento, obediente,
prompto, valiente, y discreto;
pues te notifico el daño,
tù aplicaràs el remedio.

Llaman, y sale Elena asustada.

Elen. Señora.
Elv. Què traes, Elena?
Elen. Que à la puerta vì llegar
dos hombres.
Elv. Fiero pesar!
Elen. Y que es, pues la llave suena,
el Rey uno de ellos creo.
Elv. A estas horas, què querrà?
Fern. A verte, Elvira, vendrà,
que yà sè su galanteo.
*Elv.*Pues quien: mas no es tiempo aora
de disuadir tu mentira,
à essa quadra te retira.
Elen. Aprisa, que entran, señora.
Elv. Llevate una luz Elena,
dexala à dentro escondida,
para quando yo la pida.
Fern. Què ansia!
Elen. Què susto!

Vase con una luz.

Elv. Què pena!
Fern. De què me podrà servir,
fiera, el llevarme à esconder,
si es fuerza me hayan de vèr?
no serà mejor salir,
abriendo passo à mi muerte?
Elv. Todo es malo en caso igual;
pero còmo arrojo tal
intentaràs?
Fern. De esta suerte.

Ma-

Matan la luz sacando la espada, y salen al paño el Rey, y Hernan Ruiz de Castro.

Rey. La luz han muerto, y porque
sin que le conozca yo,
salir no logre el que entrò,
pues yà de Tello lo sè,
puesto que no ay otra puerta
entra, y no mi Magestad
se exponga à la indignidad
de que sepan, quanto es cierta
mi malicia, que entre tanto
và à guardarla mi valor
de la fuga de un traydor.

Fern. Passos siento.

Elv. De mi espanto creciendo
el assombro và.

Hern. De mì fie V. Alteza
la accion.

Rey. Si de otra fineza
Elvira es empleo yà,
à confirmar mis recelos,
assi mi dolor camine *Vase.*

Hern. Abra camino la espada.

Elv. Ola Elena, ola Mencìa,
mirad quien anda allà fuera *Vase.*

Hern. Ya dì con èl.

Fern. Suerte fiera!
que este es el Rey.

Hern. Quien dirìa
que aya quien arrestado, y fuerte,
cometa tal frenesì.

Sale Elena.

Ele. Ya la luz (mas ay de mì!)
teneis, no me deis la muerte,
que aunque el vivir me es pesar,
y me adularà el vivir,
no es possible resistir
dolor, que me ha de acabar:
mi error, (sin mi estoy) fuè mucho:
mi pena (tormento fiero)
con quantos afanes vivo!
Con quantos pesares lucho!
Y si yo aun à hablar no acierto,
fuy causa (en vano resisto)
valgame el Cielo!

Cae desmayada.

Hern. Què miro?
Ella, y yo à un tiempo hemos muerto;
què haceis aqui?

Fern. Què sè yo,
no es tiempo de averiguar
esto, dexame passar.

Hern. Yà por essa puerta no
puedes salir.

Fern. Pues què harè?
No hay otra?

Hern. No. **Fern.** Pues què medio?

Hern. Para librarte, un remedio
solo ay, que ofrecerte.

Fern. Què

Hern. El Rey à essa puerta aguarda,
por conocer arrestado
quien profana este sagrado:
y si un instante se tarda
tu assombro, hallarte es preciso:
por aquel balcon conviene
que te arrojes, pues èl viene;
aprovechete el aviso,
que aunque tu peligro es cierto,
yà evitas tu desagrado,
pues te hallarà castigado,
quando te encontràre muerto.

Fern. Antes, essa desmayada muger,
fuerza es retirar.

Hern. Aqui se puede quedar,
pues no se aventura nada
en su vida.

Fern. Ay, que colijo
de enigma tan no entendida,
que puede importar su vida.

Hern. En que te detienes, hijo?

Fern. Yà à morir me precipito
por salvar una opinion:
tan grande satisfaccion
pide tan grande delito.

Vase, y suena dentro ruido, y sale el Rey al paño.

Dentro Elvira.

Elv. Què ruido es aquel?

Rey. Hernan mucho se detiene,
què le habrà sucedido?

Hern. A fè, que si se hà muerto Fernando
habrè negociado bien.

Sale Elvira.

Elv. Quien à estas horas se atreve à entrar
adonde aùn no debe,
por no irritar mi desdèn,
entrar el Sol sin reparo.

Hern. Suspended Divina Elvira,

los

los ceños de vuestra ira,
no se enoje Sol tan claro,
que yo à pisar no llegàra este sitio,
si no fuera buscando de esta manera
à un hombre, que entre la rara
frondosidad del Jardin perdì;
y creyendo que havia entrado aqui,
la ansia mia, viendo abierto el quar- (to,
á fin de conocerle, llego
al tiempo que essa criada,
al verme entrar con la espada desnu- (da,
se desmayò:
que suplais la accion os ruego.

Elv. De agraviar de essa manera,
de este retiro la esphera,
el ossado arrojo ciego,
mal, Hernando, os disculpa,
sin que me digais primero,
quien para excesso tan fiero
os puede dàr alas?

Sale el Rey.

Rey. Yo.

Elv. Señor, vuestra Magestad.
pues còmo!

Rey. La turbacion
no es disculpa, de una accion,
que roza en indignidad.
Hallaste alguien?

Hern. No Señor,

Rey. Por donde el traydor se irìa?

Elv. Aunque arguya culpa mia,
vuestro impensado rigor,
solo deciros intento
(este acaso le disuada,
y para no errar en nada,
esforcemos el aliento.)
Quan dentro de mi retiro,
eterna mi resistencia,
añade nueva influencia
à lo hermoso con lo ingrato.
A este quarto me passè,
que cae à està galerìa,
porque mi melancolìa
divertirla imaginè.
Viendo el Jardin, y escuchando
la dulce voz de essa Esclava,
en aquel balcon estaba,
quando rumor escuchando
vengo; y yà en distinta accion
hallo á Elena desmayada,
veo á Hernando con la espada
desnuda, y su turbacion.
Buen indicio viene à ser,
que haverse atrevido à entrar,
serà venirla à buscar;
à su difunta muger
sirvio Elena, quien alcanza
(pues à tales horas huella
tal sitio) à saber si en ella
tiene que obrar su venganza;
y pues solo soy testigo
de su ossado proceder,
no se deben entender
essos emphasis conmigo. *Vase.*

Hern. Señor?

Rey. No me digais nada,
pues si conmigo has venido,
bien claro està que ha mentido.

Hern. Elena?

Ele. Detèn la espada,
no me des muerte, (ay de mi!)
que yo, Hernando, te dirè
quanto he visto, y quanto sè;
mas quien es quien està aqui?

Rey. Yo soy, cobrate.

Ele. Señor?

Rey. Què tienes, dime, que hablar,
que prometes declarar?

Ele. Yo (alentemonos error)
nada tengo que decir,
si algo dixe, ansia vehemente,
delirio del accidente
fuè, que me llegò à rendir.

Rey. Vete, y procura el aliento restaurar.

Ele. Si harè, Señor;
corazon, pues el temor
de mi culpa, su tormento
me confiessa la homicida,
bien que la aborrezca triste,
callemos, pues que consiste
en mi silencio mi vida. *Vase.*

Rey. Permitid que sepa, Cielos,
pues los recelos son sabios,
que con ocultos agravios
me dà tan patentes zelos.
Vèn, pues que yà, el reciclèr
de la Aurora indicios dà. *Vase.*

Hern. Valgame Dios, què tendrà
que decir esta muger?
mas si à Fernando ha encontrado

à estas horas con Elvira,
claro es, que este enigma aspira,
à declarar su cuydado.
No vì atrevimiento igual,
cosas de mancebo son,
no ha de estàr alto el balcon,
irè à vèr si se hizo mal.

Vanse, y salen Constanza, y Inès, y Alvaro.

Const. Yà os hè dicho quan en vano,
vuestro tesòn solicita
hacer que merito tenga
de fineza la porfia.

Alv. No vengo, amante tyrana,
cruel hermosa enemiga,
como hasta aqui à merecer
las piedades de tus iras.
A estrañar sì, que à pesar
de tu decoro permitas,
que una accion, mas que de humana,
te desluzca lo divina.

Inès. Oygan el hombre, que và
que trahe el pecho de almivar,
segun dulce habla.

Const. Aunque passe
yà el tesòn à grosserìa,
aunque tal atrevimiento,
con mayor causa me irrita,
es forzoso preguntaros,
què pensamiento os motiva
à discurrir, que en mi quepa
accion, que de mi sea indigna.

Inès. Creerà que estàs opilada,
y querrà tu mejorìa.

Alv. Pues què, pretendes negarme,
que anoche, injusta homicida,
poner hiciste à la reja
à la Esclava, porque sirvan
sus voces de seña à un hombre,
que atendiendo à que le avisan
del muro (hà zelos! hà embidia!)
entrò por el del Jardin,
antes que mi bizarrìa
pudiesse darle la muerte?

Const. Què dices Alvaro?

Inès. Chispas,
que no pueda una en su casa
mandar hacer unas migas,
sin que lo sepa el vecino
de la puerta mas arriba.

Alv. No disimules, ingrata,
pues quando no me lo diga
tu voz, en vèr, que es Hernando
de Castro quien le apadrina,
y con quien desesperado
reñì, al notar, que le hacia
espaldas, me dice, que es
su hijo, el que atrevido aspira,
en fuerza de tus favores,
à conseguir tus caricias.
Y pues haverle esperado
à que saliesse, hasta el dia,
para matarle, fuè en vano,
pues tu industria, ò tu malicia,
que le entrò por una puerta,
por otra le arrojarìa,
no lo serà el que le busque,
y yà que en amante insista,
ò sea à precio de su muerte,
ò sea à costa de mi vida. *vase.*

Const. Què es esto Inès? *Ines.* Esto es
que anda danzando Elvira.

Const. Ahora confirmo, que el ruido
de anoche, en que vì, que havrian
un balcon, y que por èl
un hombre se precipita,
debiò de ser, que Fernando
con ella estaba; hà enemiga!
quien lo supiera de cierto.

Ines. Si no me engaña la vista,
Calforras viene; si tu
à esse Cancel te retiras,
yo lo sabrè.

Const. De què forma?

Ines. Yà lo veràs. *Const.* Mi fatiga
por lograrlo te obedece.

Retirase Constanza al paño, y sale Calforras.

Calf. Gran cuento! notable dia!

Ines. Pues Calforras, donde bueno?

Calf. A fee, pregunta exquisita,
sabiendo, que el dia es oy,
en que à dàr vienen noticia
de sus victorias al Rey
mis dos Amos, y caminan
con gran cèlebre aparato
de militar comitiva,
yà hàcia Palacio.

Ines. De suerte,
que no obstante la caìda,

tie-

tiene tu Amo tanto aliento.

Calf. Què caìda, hembra maldita.

Ines. La de anoche del balcon, piensas que no me confia Elvira à mi sus secretos.

Calf. Pues digo, la relamida, para què nos los mysteria, si luego à ti te los chifla.

Const. Què oygo?

Ines. Y dime, se hizo mal?

Calf. Què mal, pese à su barriga, despues que toda la noche se estuvo con la chiquilla en el quarto de la Esclava, dexandome à mì que riña sus pendencias.

Inès. Oygan, oygan.

Calf. Esto el caso lo confirma.

Inès. Lo oìste?

Const. Yà lo he escuchado, y à tal agravio, la antigua fineza, serà en mi pecho venganza, rencor, y embidia. *Vase.*

Calf. Voyme, que como sobrino del Rey, preciso es que asista, donde caer puedo en gran falta, si en el Solio no me miran.

Inès. Oyes, pues tan espetado te vàs?

Calf. Sì, que las honras inflan, no tiene vieja con flatos, mas llenas de ayre las tripas, que yo el cuerpo.

Inès. Pues yo sè, que alguna vez me decias puches.

Calf. Sì, mas no son todos tiempos de chilindrinas.

Inès. Mas no me admiro, que aora serà Elena la querida.

Cal. Si es, un fies no es, mas no es mucho, que el querer asi fatiga.

Inès. Mira, no sè que te tienes, que te quiero à pies puntillas muchisimo.

Calf. El memorial, Que se harà vèr en justicia.

Inès. No andèmos en pataratas, Calforras es cosas mias, y no le trocarè à un Duque.

Calf. Bien, en quererme prosiga; que quando mi magnitud no baxe à esposa tan chica, no podrà faltarle algun Galopin de mi Cocina.

Inès. Và yà ablandandose esse pecho.

Calf. Me le han labrado estos dias de piedra de Colmenar, y asi todo es unas guijas.

Inès. Pues picaro, acaso piensas, que mi corazon respira caricias de veras?

Calf. Solo pienso los cavallos, hija.

Inès. Vaya à limpiarlos tambien, y advierta, que si me mira; què es mirarme! si me ojèa, si me acecha, ò si me atisba, no ha de hallar sino desprecios, no ha de encontrar sino iras, que un Lacayote tan zote, quando de Inès se fastidia, què ha de merecer, sino solo la Cavalleriza.

Vase, y suena dentro Musica.

Calf. Bueno me ha dexado; pero pues esta salva confirma, que entran mis Amos, y no hay distancia, que me lo impida, entrèmos à oìr què dicen las algazaras festivas.

Entra por un lado, y sale por otro; y se descubre el Rey en un Trono, y en a mohadas Elvira, Elena, y Constanza, y Inès en piè, y Alvaro, y Tello.

Rey. Valerosos Castellanos, asi honra mi bizarrìa à los que por mi Corona saben bibrar la cuchilla: y pues vencedores yà de las Esquadras Moriscas llegan los valientes Hèroes, en su aplauso el ayre diga:

Suenan Caxas destempladas.

Rey. Mas tened: què destemplado tambor, què ronca sordina, el jùbilo del tambor confunde, y atemoriza?

Alv. Buelve la cara, Señor,

ve-

veràs en opuestas lineas
el placer, y la tristeza,
mezcladas, y divididas.
El viejo Hernan Ruiz de Castro,
su gente muestra vestida
de gala, y el Sol luciente
rebervera en sus cuchillas.
Fernan Ruiz de Castro el mozo,
trahe las tropas, que acaudilla
llenas de funesto luto,
con vandas negras ceñidas
al cuerpo, negras las plumas,
los paveses, y divisas.
Rey. Còmo, sin venir vencido,
grande novedad le insta
à tal extremo:
Alv. Señor,
pues èl entra, èl te lo diga.
Const. Rara estrañeza! *Elv.* No sè
lo que mi pecho adivina.
Ele. O! no sea lo que el alma *aparte.*
al corazon profetiza,
pues parte el pecho à latidos,
con lo que alterado avisa.

Tocan à marcha, y salen Hernan, y Fernando.

Hern. Valeroso Don Sancho el Deseado,
del Orbe entero, con razon temido.
Fern. Castellano Monarcha, venerado
del tiempo, de la embidia, y del olvido.
Hern. Oy à tus plantas llega tu Soldado,
del Moro vencedor nunca vencido.
Fern. Oy triunfante tus pies besar intento.
Hern. Dame un rato atencion.
Fern. Oyeme atento,
Hern. Salì Señor, con tu robusta gente,
assustando tu Exercito la tierra,
y en el campo Andaluz mi brazo ardiente,
fuè sembrando el estrago de la Guerra,
no dexa Pueblo mi furor valiente,
que no arruine al estrago, que le aterra,
pues vieras de mirarme à los indicios,
à temblores caer los edificios.
Fern. Arando yo los Campos de Neptuno,
salì, gran Rey, con tu Naval Armada,
plàcido el Norte, el Zèfiro oportuno,
le obligan à que vuele lo que nada;
tan pujante marchè, y aun cada uno,
que mi Nave, Señor, tuve barada,
porque una vez las hondas me miraron,
y de temor, en viendome, se elaron.
Hern. Con doce mil Infantes Africanos
hallè à Muley, y quatro mil ginetes,
amparando los muros Sevillanos,
hechos los campos barbaros tapetes.
Embistieronse Moros, y Christianos,
saltan lanzas, espadas, y coseletes,
y menos fuè el obrarlo, que el decirlo,
en hora, y media los passè à cuchillo.
Fern. Formando media luna, y tres hileras,
Zayde à Guadalquivir la guardia hacìa,
con diez Baxeles, y con cien Galeras,
que encerraban la flor de Berberia.

Suenan las trompas, buelan las vanderas;
dà principio la espesa flecheria,
y embestidas, Señor, à vela, y remo,
unas tomo, otras hundo, y otras quemo.

Hern. Un Moro me tocò, cuya pujanza,
de gigante estatura se socorre,
y al formidable encuentro de mi lanza,
immobil roca fuè, insensible torre.
Pero viendo, que à darme un vote alcanza,
tal cuchillada mi furor le corre,
que golpe yà del brazo despedido,
le empezò entero, y le acabò partido.

Fern. Patente en la cubierta de la popa,
Zayde, desde la Real me desafia,
al tiempo, que del choque con que topa,
mi nave de la suya me desvia.
Perfilo el cuerpo, terciome la ropa,
despide el dardo la violencia mia,
y atravesado en èl, en su momento,
se le llevò volando por el viento.

Hern. Cinco mil Moros cautivè al Contrario.
Fern. Treinta Vasos te traygo por memoria.
Hern. Abenhit queda yà tu tributario.
Fern. Al Africa ha humillado tu Victoria.
Hern. Tu Cetro haga inmortal el tiempo vario.
Fern. La fama cante tu elevada gloria.
Los dos. Porque vuele tu nombre, sin segundo,
mas allà de los terminos del mundo.

Rey. Con vuestros heroycos brazos,
ò valientes Capitanes,
no pudiera mi valor
dudar el salir triunfante.
Pero en tan festivo dia,
es fuerza veros estrañe,
à uno con alegre rostro,
à otro con triste semblante.
Uno con vistosas galas,
otro con negros disfraces,
luto, y pompa, gusto, y pena,
à que fin pueden juntarse?

Fern. Esso à mi me toca; oìd,
Castellanos arrogantes,
hermosas Damas, gran Rey,
que pues todos sois capaces
de mi desdoro, es preciso,
que à mi desempeño os llame.
Y atendedme vos tambien,
que aunque esto con vos no hable,
de lo que mi esfuerzo intenta,
no os toca la menor parte.
Yo hè sabido, Castellanos,
el sucesso lamentable
de mi casa, y que inocente,
muriò sin causa mi madre.
Sè, que el noble Emperador
nuestro Señor, y tu Padre,
(ò Rey Don Sancho!) tomò
à cargo que se probasse,
quan injustamente fuè
derramada aquella sangre.
Y à esse fin, à el engañado
agressor en una carcel,
tumba de un muerto animado,
le encerrò vivo cadaver;
tu le has librado, Señor,
y porque no piense alguien,
que el dàr libertad al preso
prueba aquel delito infame,
y que obrò justificado,
pues esso dice el librarle,
continuando en el processo,
que quedò, como se sabe,

en terminos de probanza,
me presento como parte,
porque à nadie como à mi
toca en accion semejante,
que de mi Madre el honor,
aun de un escrupulo lave.
Bueno fuera, que heredero
de sus glorias me jactasse
tal vez de ellas, y quando
heredo faltas notables,
quien se preciàre en los bienes,
no se despique en los males,
à cuyo fin este luto
publìca en triste lenguage,
del difunto honor que lloro,
las exequias funerales.
Y pues la prueba mejor,
en nuestros estilos se hace,
reduciendo la sumaria
al termino de un combate,
contra quantos lo contrario
imaginàren probarme,
defiendo, que Estefanìa,
que en Sòlio de Zafir yace,
muriò inocente; y que quien
otra cosa imaginàre,
con la idèa, que lo piense,
con la voz, con que lo trate,
con la accion, con que lo expresse,
miente, como ruin infame.
Y para que lo mantenga,
(lo que protesto delante,
de vuestra Real Magestad)
Plebeyos, Nobles, y Grandes,
hablando en comun à todos,
y en particular à nadie,
el que aceptàre este duelo,
alce del suelo esse guante.

Arroja un guante, y se và.

Hern. Ay tal arrojo!

Tel. Conmigo no habla.

Rey. Aunque el arriesgarle,
siendo en la lid, conocer
es preciso quan bien hace.

Elv. Segunda vez me enamora
su valor.

Conf. O si lograsse,
que para vencer mis celos,
ossada punta le acabe.

Ines. Calla, que si sucediera,
lloràras con mas visages,
que la que entierra un marido,
que pone un gesto de cafre.

Calf. Todos se miran; hermosa
prespectiva de visages.

Rey. Que es esto; no ay, Cavalleros,
quien essa prenda levante?

Alv. Si hay; pues siendo yo quien
tuvo aquel passado lance,
quien duda que habla conmigo;
y porque el valor declare,
que Alvaro Anzures sustenta
lo que dixo en qualquier parte,
aceptarè el desafio.

Và à levantar el guante Alvaro, y le coje Hernan Ruiz.

Hern. Què haceis? donde vais? pues cabe,
que el intempestivo arrojo
de un rapàz empeñe à nadie?
Mio es el guante, que no es bien,
al vèr, que conmigo hable,
que sin castigo se quede.

Alv. Tan facil es castigarle?
mas mirad:::

Hern. Què he de vèr.

Rey. Que
yà vos lo intentais en valde,
pues Hernando dice bien.

Alv. Permitid, Señor, que estrañe,
que vos, que en Castilla sois
de las Leyes el Atlante,
assi revoqueis sus fueros,
permitiendo que baraje,
el desafio del hijo,
la tenacidad del Padre.

Rey. Quien os ha dicho, que en mi
recto advertido dictamen,
es possible que derogue
lo que he confirmado antes:
El Duelo està yà admitido;
y siendo de uno, no es dable
que otro lo pretenda.

Hern. Pues
quien, Señor, ha de lidiarle,
estando el guante en mi mano?

Rey. Quien tiene en su mano el guante.

Elen. Ay de mi, que de este acaso, *aparte.*
estàn pendientes mis males.

Hern. Yo, si, muerto estoy.

Elv. Elena,

dudas à dudas se añaden.
Rey. Afsi de mi muerta hermana
lògro el vengar el ultrage,
pues es precifo, que èl ceda.
Hern. Yà que me he cobrado, dadme
licencia, Señor, de que
os pregunte (pena grave!)
què dixisteis:
Rey. Dixe Hernando,
que en Estatutos legales,
no cabe interpretacion;
y como las Leyes manden,
sin excepcion de personas,
que el que la alhaja levante,
con que cita el Retador,
su enemigo se declare.
Al vèr essa en vuestra mano,
(sin que aora el juicio se pàre
à el averiguar, con què
intencion le levantaste)
acept ado el Duelo queda
por vos, aunque es bien r epàre
lo no visto del empeño,
lo peligroso del trance,
y el daño, que haràn tan nuevos
perniciosos exemplares.
Con todo, como Rey justo,
estàr debe de mi parte,
solo que al citado reto,
seguro Campo os señale.
Y no penseis, que por ser
la hermosura que matasteis
mi media hermana, me mueve
à hacerlo el querer vengarme
de vos, pues à querer esto,
me huviera sido mas facil,
que antes que en el campo os lidie,
en aquel Castillo os mate. *vase.*
Hern. Muda estatua soy de yelo.
Const. Quien viò caso mas notable?
Inès. Esto està peor, que estaba.
Tel. Hernando, aunque el admirarse
es propio en tan nuevo caso,
bolved en vos, por si hallàre,
quien no supo prevenirle,
modo de desempeñarle. *vase.*
Alv. A ser posible intentar
que à mi espiritu arrogànte
cediesseis aquessa prenda,
veriais como en el combate
os desengañaba yo;
mas yà no puede intentarse;
vos sabreis bien castigar
ossadias de rapazes. *vase.*
Elv. Vèn Elena à celebrar,
quan bien Fernando restaure
su credito, pues es fuerza,
que se desmienta su Padre.
Elen. No era menester, que èl
se desmintiera, si yo hablasse.
Const. Si es imposible, que el duelo
llegue à efecto; ansias matadme. *vase.*
Calf. Señor mio, usted discurra
en tantas dificultades
lo que debe hacer, de suerte,
que haga el mayor disparate.
Y por si usted no los tiene
tan à la mano, avisadme,
que para hacer desatinos (*vase.*
soy grande hombre: Dios os guarde.
Inès. Plegue á Dios, el desafio
pàre en bien, que estos debates,
entre Padre, y Hijo, huelen
à cosas de entre Hijo, y Padre. *vase.*
Elen. Què absorto ha quedado! còmo
pudiera estorvar yo el lance,
porque Castilla no viesse
un caso tan formidable,
siendo la culpada yo;
mas no es mejor declararme?
Sì, valor, yo me resuelvo,
mas sin duda, es error grave,
que han de quitarme la vida.
Y pues nada es favorable
à mi desdichada suerte,
oyga, mire, sufra, y calle,
que la muerte, ella nos cerca,
sin ir à encontrar sus males. *vase.*
Hern. Estrella, què me sucede?
Firmamentos Celestiales,
còmo haveis guardado à un hombre,
à que estrene miserable
el desdichado exemplar
de lidiar un Hijo à un Padre!
Valgame Dios! què he de hacer!
si salgo, procedo infame,
pues agente de mi injuria,
parece, que hago de su parte.
Si no salgo, no consigo,
que mi pundonor se lave,

que

que es el honor de mi hijo;
pues otro medio mas facil,
que es confessarme engañado,
nada remedio, pues antes
juzgaràn que ha sido medio
para que el duelo se ataje,
y se estàn las opiniones
en su primero dictamen.
Pues yo matar à mi hijo,
quando mas debo estimarle,
por ser honrado, y quererle,
como en mi cariño es dable.
Si no le doy muerte, muero,
pues el Rey, que hasta este trance
callò propio deshonor,
viendo que sin causa grave,
matè à su hermana, porque
conste à todas las edades,
por solo razon de estado,
la cabeza ha de quitarme;
y lo que es peor de todo,
yo estoy (aun no lo oyga el ayre)
creyendo que Estefania
fue traydora, vil, è infame.
Yâ es fuerza vencerme à mì,
antes que à otros desengañe.
Cielos, en tanta avenida
de tormentos, de pesares,
de empeños, de confusiones,
sin norte, rumbo, ni lastre,
ò el tiempo descubra el puerto,
ò antes mi vida se acabe,
que vea el mundo, para assombro
de los futuros Anales,
por acrisolar su honor,
Competidor Hijo, y Padre.

Fin de la segunda Jornada.

JORNADA TERCERA.

Salen Fernando, y Hernan Ruiz por su puerta cada uno, sin verse uno à otro.

Fern. ASTros, para mì fatales, *al paño.*
pues en continuos desdenes
antipoda de los bienes,
centro me haceis de los males.
Havrà pesares iguales
al dolor de mi cuidado?
No, pues estoy en estado,
de mi propio sèr quexoso,
que para ser venturoso,
me es fuerza ser desdichado.

Hern. Fortuna, que siempre errante
para todos te advertì,
quando solo contra mì
te experimento constante.
Havrà dolor tan gigante
como el que sufro fatàl?
No, que à mi bien es igual,
y hiere con mas desdèn,
un mal, que parece bien,
que un bien, que parece mal.

Fern. Yo de un padre retador?

Hern. Yo de mi hijo retado?

Fern. Ay mas infeliz estado!

Hern. Ay desventura mayor!

Fern. Mas de èl solo fuè el error,
pues fuè èl quien levantò el guante.

Hern. Pero hierro semejante
no es mio, sino del Rey,
pues hizo que fuesse ley
el que la prenda levante.

Fern. Pero que èl ceda es forzoso,
y que restaure colijo
el honor à Madre, y Hijo,
como Padre, y como Esposo.

Hern. Pero en tan dificultoso
Duelo, que èl llegue à ceder
es indubitable, al vèr,
que ser vil trofeo alcanza,
por dàr sèr à una venganza,
lidiar con quien le diò el sèr.

Van à salir, y se vàn.

Fern. Pero allì mi Padre viene.

Hern. Pero alli mi hijo està.

Fern. Llegarè à hablarle, pues yà
es esto lo que conviene:
Padre, y Señor, aqui tiene
tu afecto rendido,

Hern. Seais, Fernando, bien venido.

Fern. Dadme à besar vuestra mano.

Hern. Quitad, que lo cortesano,
no dice con lo atrevido.

Fern. Por què vuestro ceño vario,
contra mi, Señor, se altera?

Hern. Nunca yo de otra manera
he tratado à mi contrario.

Fern. No procedais temerario,
ajando mi noble brio,
pues no vèr el desvarìo,
quando obediente me muestro,
que sin querer serlo vuestro,
vos pretendeis serlo mio:
Hern. Tu no defiendes, que ha sido
mal hecho lo que yo he obrado?
Fern. Sì, pues quizas engañado,
os creisteis ofendido.
Hern. Essa accion, contra mi ha sido.
Fern. No es, pues en igual contienda,
por dàr à un error enmienda,
creyò mi pena infelice,
que sea quien me lo dice
el propio que le defienda,
vos, si tomasteis la accion,
para lidiar contra mi.
Hern. Yo, embarazar pretendì,
de tu muerte la ocasion,
si del Rey la indignacion,
el duelo me hizo aceptar,
viendome la prenda alzar,
culpete à ti la imprudencia
de ponerla en contingencia
de poderla yo tomar.
Fern. Yo, en querer mi honor entero,
en ser quien soy satisfice.
Hern. Y yo en defender lo que hize,
obro como Cavallero.
Fern. Esso es proceder severo
contra tu propio interès,
pues bolver por tu honor, es;
y si mi Padre no fueras : : :
Hern. Què hicieras rapàz? Què hicieras?
Fern. Besarte, Señor, los pies:
Padre con honra he nacido,
tu misma sangre obra en mi,
no me desdores asi,
piedad à tus plantas pido.
Hern. Que es esto? Yo enternecido?
tal flaqueza manifiesto?
Hijo, mal nombre te he puesto;
Enemigo: aquesta ley
me la hace observar el Rey.
Fern. Pues el Rey?
Hern. El Rey.

Sale el Rey.

Rey. Que es esto?
Què es lo que os hago observar?
Hern. Señor, la ley de tener
que sentir, que padecer,
que sufrir, y que llorar.
Rey. Reprimid vuestro pesar,
que pues estoy de por medio,
ya yo he discurrido medio,
que os logre dexar iguales.
Fern. Mucho serà que à dos males
pueda bastar un remedio.
Rey. Que un hijo mida el azero
con su padre, es accion dura;
dexar la opinion segura
de mi hermana, es lo primero;
Uno, y otro considero
à favor de vos, y vos;
pero no encuentro por Dios
mas medio que el discurrido.
Los dos. Y qual, gran Señor, hà sido?
Rey. Ceder uno de los dos:
ò tu debes confessar,
que fuè tu Madre culpada,
pues yà la mancha lavada,
nadie la puede notar.
Y dexadme sentenciar
contra ella el pleyto, con esso;
ò tu decir, que el excesso
de haverla la muerte dado,
cometisteis engañado,
como lo infiere el processo:
mirad lo que haveis de hacer,
para poder yo juzgar.
Hern. Pues en esso ay que dudar?
Fernando debe ceder;
si yo mismo lleguè à vèr
mi afrenta, y en sus despojos
satisfago mis enojos,
no seràn necios agravios,
querer desdecir los labios,
lo que averiguan los ojos?
Fern. Los ojos suelen errar;
padecer mas no la fama,
porque voz de Dios se llama
la voz del pueblo, Señor.
Luego ceder en rigor
debe mi Padre, atendidos
los creditos adquiridos
de mi Madre en sus despojos,
pues si èl se atiene à sus ojos,
yo me atengo à mis oìdos.
Hern. Sentada ya mi opinion,

se tendrà por liviandad,
que ceda en una verdad,
tan agena de pasion.
Que cedas tu es mas razon,
que ademàs de ser virtud,
tu obediente promptitud
te disculpa à mi entender
el que haya podido ser
ardor de la juventud.
Fern. Si tu opinion te estorvò
seguir lo mismo me agrada,
que tu la tienes sentada,
y es fuerza sentarla yo.
Ceder, à ti te toca,
pues demàs de ser piedad,
confessar una verdad,
le es descargo el discurrir,
que se puede atribuir
à error de la ancianidad.
Rey. No acabais de resolver?
Hern. Señor, para no cansaros,
de lo que una vez afirmo,
en mi vida me retrato.
Fern. Ni yo, que si una muger,
à fuer de buen Hijo-dalgo,
me encargàra su defensa,
estaba en ley obligado,
fuesse qualquiera, à ampararla;
pues què se dirà, si acaso,
lo que hiciera por qualquiera,
por una Madre no hago?
Rey. Pues advertid, que he cumplido,
y que yá no irà à mi cargo
el mal exemplo de vèr,
que salgan desafiados
Padre, y Hijo.
Fern. El cederà,
Señor, para bien de entrambos.
Hern. Con el tiempo gran Señor,
se vencerà esse muchacho.
Rey. Pues mientras el tiempo llega,
para mañana os señalo
el Campo de la Batalla
delante de mi Palacio.
Y supuesto, que tan ciegos,
tan torpes, tan obstinados,
os halla la piedad mia,
idos de mi vista entrambos.
Fern. Señor?
Hern. Señor?
Rey. Què esperais?
Fern. Obedeceros, dudando
de què nazca vuestro ceño,
pues en proseguir mi brazo,
empeño tan de vos propio,
mas os sirvo, que os agravio. *Vase.*
Hern. Aunque os irriteis, Señor,
debeis advertir, que quando
contra mi sangre peleo,
y contra mi honor batallo,
si le ay, à nadie le està
mejor que à mi el desengaño. *Vase.*
Rey. Esse es el que anhelo yo,
y pues el lance passado,
en que turbada la Esclava
permitiò algunos amagos
à mis dudas, me descubre
distante luz, què no alcanzo;
vive el Cielo, que con ella
se ha de estrechar mi cuidado,
que sin duda, algun secreto
guarda en orden à este caso;
pero aqui Constanza viene,
de ella, para lo que trazo,
me he de valer.

Salen Constanza, y Ines.

Const. Y tuvistes
modo de hablar à Fernando?
Ines. Ahora le vi salir,
y le dixe aunque de passo,
viniesse al Jardin.
Rey. Estimo,
Constanza, haverte encontrado.
Const. Como yo el tener, Señor,
en que serviros.

Al paño Alvaro.

Alv. Hablando
estàn Constanza, y el Rey,
oculto esperarè un rato,
que la dexe, para hablarla.
Rey. Asi el intento logramos,
si me pone tu fineza
en el parage, que aguardo.
Const. Corresponder, gran Señor,
debo en la fè que os consagro
à vuestro afecto: Estarè
en el Jardin esperando
con Elena.
Alv. Què oygo Cielos!
no bastan los de Fernando,

sino otros zelos del Rey,
de zelos à zelos vamos.
Rey. Podrè entrar à verte, y verla,
y puesto que hasta lograrlo
no sossegarè; vè pues,
y dispon lo que te mando. *vase.*
Alv. Yà quedò sola.
Const. Supuesto,
que tengo determinado,
con una noble venganza
triunfar de un error villano,
yà que à Fernando avisastes,
donde, Inès, nuestro cuydado,
hallar à Alvaro pudiera?

Sale Alvaro.

Alv. A tus pies, que adivinando
mi infausta cruel estrella,
que no puedo ser llamado
à otra cosa, que à rigores,
pesares, y sobresaltos,
por no perder su crueldad,
tiempo me trahe el acaso,
à que me estorve el oìrlo,
el consuelo de ignorarlo.
Const. Algunas, veces se suele
engañar el juicio humano,
y aunque todas hasta aqui,
Alvaro, en mi habràs hallado
los despegos, que encareces,
desde el Invierno al Verano,
à desvelos del Abril,
muda de semblante el campo.
Y asi, no el juicio anticipes,
que tal vez no es embarazo,
para ser oy muy dichoso,
ser ayer muy desdichado.
Alv. Arrojàrame à tus pies,
para sellar con mis labios
la hermosa huella, que estampas,
à no estàr imaginando,
que dicha mia es preciso,
que sea sueño, ò sea engaño.
Const. Pues no es engaño, ni sueño;
y para hablarte mas claro,
yo quise à Fernando bien,
quando fuè leal Fernando;
teniendo zelos de ti,
quise darle el desengaño.
Y no tan solo grossero,
desatento, infiel, tyrano,
no me le quiso admitir,
sino es prosiguiendo incauto
en los amores de Elvira,
de ella la noche llamado,
que con su Padre resistes,
entrada le diò en Palacio.
De estas ofensas herido
un pecho, que no es de marmol,
no es mucho, que en su mudanza
procure su desagravio:
Y pues te he reconocido
fino, atento, y cortesano,
leal, obediente, y cuerdo,
vea el mundo, que en el blando
imperio de amor, tambien
ay numen justificado,
que sabe premiar al fino,
y castigar al ingrato.
Desde oy, Alvaro, veràs,
quan facilmente passamos,
obligadas las mugeres,
del rencor al agassajo;
pero porque no se diga
que te quedas desayrado,
sin mostrar que de este duelo
fuiste motivo, te encargo,
que ya que lidiar no puede
como principal tu garbo,
como assessor, yo pelee;
y esto lo veràs logrado
contra Fernando, si entras
à Hernan Ruiz apadrinando:
vean, que lo que una vez
le dixistes arrestado,
como puedes lo mantienes,
puesto del contrario vando.
Y si acaso en la palestra
te dà forma algun acaso,
por complacer mi venganza,
que le dès muerte te mando.
Y si esto executas prompto,
leal, atento, y gallardo,
en premio de ambas finezas,
segura tienes mi mano.
Inès. Oye usted, y si me encuentra
al picaro del Criado,
que tambien à lo mostrenco
suele enrizarme el penacho,
dexese usted de primores,
y demele dos porrazos,

que

un favor para un Lacayo. *Vase.*
Alv. En nada mejor conozco,
que no es la fineza engaño
de Constanza, como en vèr,
que quiere, que obre vizarro;
y pues he de obedecerla,
buscarè à Hernàn Ruiz de Castro,
pues ambos de una opinion,
un motivo assiste à ambos,
para que yo salga ayroso,
y èl quede desempeñado.
Vase, y sale Elvira, y Elena.
Elen. Aquì dime, Señora, tu cuidado:
á este sitio me trae tan retirado?
Quando (ay de mì!) querìa
divertir mi mortal melancolìa.
Elv. Ay Elena! yo tengo (tengo;
mayor mal en los sustos, que man-
pues desde que ha sabido (dido
Fernando, que es el Rey el que ren-
festeja mi belleza,
me trata con despego, y estrañeza.
Vase, y salen al paño Constanza, y el Rey.
Const. Sola està.
Rey. A buena ocasion llegamos.
Const. No solo es buena,
sino la mejor, que pues
vuestra Magestad intenta,
que nadie llegue à estorvarle,
de guardia estarè en la amena
estancia de el Jardin.
Rey. Vete.
Const. Quiera el Cielo, que no vengan
Alvaro, y Fernando, hasta *Ap.*
que el Rey à ausentarse buelva. *Vase.*
Elen. Ay de mi infelìz! què sustos,
tyrana, traydora estrella,
me combaten! Pero Cielos,
quien entrò? *Rey.* Yo soy Elena.
Elen. Señor, vuestra Magestad aquì?
Rey. Si, porque me es fuerza
inquirir de tì un secreto,
en què mi honor se atraviessa.
Elen. Ay de mì! si de mi culpa *Ap.*
alcanzà alguna sospecha.
Yo, quando, si:::
Rey. No te turbes.
Elen. O Cielos, y quien pudiera
llamar à Elvira, porque
me estorvasse tanta pena.
Rey. Quando en tu quarto, Hernàn Ruiz,
de la terrible violencia
te recordò del desmayo,
ronco el pecho, la voz yerta,
sin aliento el corazon,
y las palabras sin fuerza,
de decir lo que ocultabas
no le hiciste mil promessas?
Pues yo he de saber, villana,
quantos secretos reservas,
ò te he de dàr dos mil muertes.
Elen. Señor, si no consideras,
que Elvira:::
*Al decir Elvira, levanta la voz, y al pa-
ño estaràn Constanza, y Elvira.*
Rey. No alces la voz.
Elen. Es, que es preciso, que atiendas,
que quando Elvira:::
Rey. No callas?
Al paño Elv. Si me està llamando Elena,
por què no quieres Constanza,
que passe de aquì?
Const. Esta senda
me mandò guardar el Rey,
porque està hablando con ella;
y assi, no puedes passar.
Elv. Hà traydora, alguna nueva
cautela tuya serà.
Const. Para que tu error advierta,
que quien hace las trayciones,
es sola la que las piensa,
que los oygas te permito
conmigo, desde esta espesa
celosìa de jazmines.
Elv. Basta, que para que atienda
lo que tù, he venido à tiempo
en que te pida licencia.
Rey. Supuesto, que hablar prometes,
habla: O si el Cielo quisiera,
que para estorvar el rèto,
todo en declarar fenezca,
esta Esclava lo que calla.
Elen. Pues primero soy yo que ellas
perdone esta vez Elvira.
Verdad es, Señor, que apenas
bolvì del mortal desmayo
la noche, què vuestra Alteza
entrò en mi quarto, propuse
hablar; mas viendo, que era
preciso, que un desengaño

tan cara à cara te ofenda,
bolvì à cobrarme, y callè.
Rey. Ofenderme, en què manera?
Elen. En que si os huviera dicho,
que hasta allì mi culpa era,
haverme mandado Elvira,
que baxasse à hacer la seña
à Fernando Ruiz de Castro,
que le esperè en una rexa
del terrero; y que despues
entrandole por la puerta
del muro :::
Rey. Còmo, què es esso?
Cielos, yo vine por nuevas
de mi honor; y de mi amor
las hàllo malas, y ciertas.
Elv. Hà traydora!
Const. Quedo, Elvira,
escucha, y presta paciencia.
Elen. Y que despues à mi quarto
Elvira à Fernando lleva,
donde mucho rato solos
hablando estuvieron.
Rey. Sella
el labio; pero no, di:
vive el Cielo :::
Elv. Crueldad fiera!
Elen. Y que viendo, que venìas,
y con la llave maestra,
quizàs sospechoso, yà
abriendo estabais la puerta.
Rey. Vive Dios, que era Fernando,
quien Tello viò entrar.
Elen. La fuerza
de la turbacion, al vèr,
que à matar la luz se arresta,
y entrando su padre à obscuras,
à tiempo què yo una vela
sacaba, entre ambas espadas
me metiò mi inadvertencia,
me embargò todo el aliento,
y me cortò, de manera,
que en el suelo desmayada
caì.
Ap. Elv. Mas valiera muerta.
Dexame salir.
Const. A què?
Si yà todo lo que intentas,
que se ignore, sabe el Rey.
Elv. Hà traydora! que ha sido esta
accion forjada por tì,
trayendo al Rey, à quien quiera
de essa infame, mis secretos,
que indignamente te vengas.
Const. Engañaste Elvira, que antes
siento mucho el que lo sientas.
Rey. En fin, que por el balcòn
se arrojò?
Elen. Assi me lo cuenta
despues Elvira; y supuesto,
que sus secretos franquèa
mi temor, solo te pido:::
Rey. Què?
Elen. Que Elvira no lo sepa.
Rey. Anda, que no lo sabrà.
Elen. De buen susto, à costa de ella,
he salido. *Vase.*
Sale Elv. Essa palabra,
gran Señor, no es facil pueda
vuestra Magestad cumplirla.
Rey. Por què?
Elv. Porque quanto essa
vil Esclava os ha contado,
he oìdo.
Rey. De essa manera,
bien podrè culparte yo,
ingrata, enemiga bella,
al vèr, que por un vassallo,
un amante Rey desprecias.
Elv. Mire, Señor, lo que dice
vuestra Magestad, y crea,
(ahora verà Constanza,
si la sè bolver la flecha)
que no por mì, el que haya hablado
essa traydora me pesa,
sino es por mi prima, à quien
le toca quanto revela.
Const. A mì, Elvira?
Elv. A tì, Constanza;
pues tus persuasiones necias,
siendo amante de Fernando,
desde que en aquella Aldèa
ambos os criasteis juntos,
me forzaron à que hiciera,
que à verte huviera venido
de noche al quarto de Elena.
Const. Te engañas
Elv. Què es que me engaño?
Rey. Nada que dudar me dexan.
Elv. Què? es mentira, que porque
de

de la passada pendencia
con D. Alvaro pudiesses
satisfacerle tù mesma
los zelos, me hiciste hacer
la torpe indignidad ciega
de estarle yo persuadiendo,
que bolviesse à tus finezas,
y haciendote tiempo, quando
antes de que tù vinieras,
passò con los dos Fernandos
lo que la Esclava confiessa.
Pues no, Constanza, esso no,
que aunque las Reales orejas
con tan indignas noticias
se lastìmen, y se ofendan,
quando me dexas culpar,
la ley natural me enseña,
à que es primero bolver
por mi honor (salva tu quexa)
y aunque tanto desacato,
Señor, ante Vos cometa,
pues de Constanza es la culpa,
no ha de ser mia la pena. *Vase.*

Const. Gran Señor, plegue à los Cielos:
Rey. Quitate de mi presencia,
que yà conozco de entrambas
las trayciones.
Const. Pues no dexas,
que me disculpe, à los ojos
habrà de apelar la lengua. *Vase.*
Rey. Cielos, Fernando se atreve,
viendo, que Elvira le alienta,
à profanar mi Palacio?
A Constanza galantèa
Alvaro, y por ella riñe?
En tan asperas materias,
mas que irritar la venganza,
debe templar la prudencia:
A Dios loca passion mia,
pues en mi corazon, que pueda
mas que el tesòn de mi amor,
el lustre de su grandeza.

Vase, y sale Inès, y Calforras.

Calf. De no haver ido al Jardin,
como ayer se le ordenò,
mi Amo venir me mandò
à dàr su disculpa, á fin
de que Constanza no crea,
que à hacerla desayre aspira.
Inès. Como cumpla con Elvira,
que es à quien èl galantèa,
y à Elena Vueseñorìa,
qualquiera atencion se ignora.
Calf. Ola; què, Inès sale ahora
mirando por celosìas?
Inès. Claro està; pues mi persona
no le desmerece fino.
Calf. Quien naciò del Rey sobrino,
no se casa con fregona.
Inès. Què dice, sabe mis tratos?
Calf. Si, yà sè tu trastejar,
y sè, que aun puedes fregar
todo el basar de Pilatos.
Inès. Mas elevada es mi fama.
Calf. Mire usted, que estoy de duelo;
y que aguardo sin recelo.
Inès. Irè à dàr quenta à mi Ama. *Vase.*
Calf. Zelos son estos de Elena,
à quien ama mi piedad.
Sale Elen. Donde la riguridad
me arrebata de mi pena,
que haviendome assegurado
el marcial discorde ruido,
que para el rèto admitido
es oy el dia aplazado;
tràs el duro frenesì,
que me hace en dura afliccion
pedazos el corazon,
me trae; pero quien està aquì?

Repara en Calforras.

Calf. Melancolica beldad,
que miedo, y cariño mete,
quien ha de ser? un pobrete,
que amante de essa Deidad
te sacrifica su fè.
Elen. Què loco?
Calf. De estarte viendo. *Tocan caxas*
Elen. Què pueda esto ser, no entiendo.
Calf. Yo, mi bien, te lo dirè:
Esto es, que del desafio
entre hijo, y padre, llegò
el dia.
Elen. Bien temì yo. *Ap.*
Calf. Y el Rey por su poderìo,
Juez del Campo ha hecho à Ramòn,
y de Fernando Padrino
à Tello, y à Alvaro previno
para el Viejo en conclusion.
Elen. Prosigue, pues.
Calf. Lo harè assi:

y digo, que al ancho espacio
de la Plaza de Palacio
saldràn los dos.

Elen. Ay de mì!

Calf. Y con un valor eterno,
si en su esfuerzo lo colijo,
ambos à dos, Padre, y Hijo,
se bolveràn Suegro, y Yerno:
Mas còmo estamos de amor?

Elen. Ay alma! ay error infiel!

Calf. Vaya à un lado lo cruel,
y venga àcia acà un favor.

Và à salir Inès, y quedase al paño.

Inès. Yà tu Amo ::: pero què miro?

Elen. Vete, no te halle aquì Inès.

Calf. Essa Señora, quien es?
No viene àcia mì esse tiro.

Inès. Que esto oiga yo à un Ganapàn?

Calf. No dà de Ineses assomo
un Sobrino del Rey, como
Sobrino del Preste Juan.

Inès. Miente el Lego de reata,
miente.

Calf. Lego? me dà risa;
pues digame usted una Missa,
y tome quatro de plata.

Elen. De la pena con que estoy
huya mi tormento esquivo. *Vase.*

Ines. Que à otra enamora, y yo vivo?
Sin mi de colera estoy.

Calf. Que semblante tan sevèro
me puso Inès.

Inès. Villano,
por què, si yo à amar me allano,
no amas tù?

Calf. Porque no quiero.

Inès. Que esto han de oìr mis enojos?
Ay ansias! ay pena mia! *Llora.*

Calf. Llora; ay Dios, que la legìa
me sube à mì hasta los ojos:
mi bien buelve.

Inès. Me querràs?

Calf. Si me ruegas, es error,
llora, y buscarè el favor.

Inès. Pero tù la pagaràs:
toma, picaro, sin ley.

Asele, y le zurra.

Calf. Ay Dios, que me despedaza;
suelta diablo.

Dentro voces. Plaza, plaza.

Inès. A mal tiempo vino el Rey.

Salen el Rey, Alvaro, Tello, Ramòn, Elvira, Constanza, y Elena; Hernàn, y Fernando con vandas.

Rey. Yà, que para componeros
no he podido hallar camino,
buelvo à decir, que à mi quenta
no vaya tan nunca visto
exemplar.

Fern. Señor, protesto
ante vuestros pies rendido,
que en lidiar con quien pelèo,
contra mi Padre no lidio,
sino es contra quien mi honor
quiere ultrajar, persuadido
â que lo que hizo en tu ofensa,
fuè bien hecho, y fuè bien dicho.

Hern. Tampoco yo, gran Señor,
si la metafora sigo,
contra mi hijo pelèo,
sino es contra el que ha querido,
que desmintiendome à mì,
desdore el pundonor mio.

Rey. Pues supuesto, que resueltos,
es en vano persuadiros
à otra cosa; Juez del Campo.

Ram. Señor?

Rey. Està prevenido todo?

Ram. Todo està ordenado.

Rey. Id, y exerced vuestro oficio.

Ram. Todavia estoy dudando,
lo que toco, y lo que miro. *Vase.*

Alv. Yo, supuesto, que la honra
me tocò de ser Padrino
de Hernando (para el efecto,
que dirà el sucesso mismo)
à reconocer el Campo
me adelanto. *Vase.*

Tello. Y yo lo mismo,
pues siendolo de Fernando,
cumplir mi cargo es preciso. *Vase.*

Elv. O! alcance yo verle solo,
pues hablarle solicito.

Elen. O! halle yo forma, de que
temple el volcàn, que respiro.

Rey. No hay yà que esperar Hernando.
Vase.

Hern. Vamos.

Fern. Con tanto desvìo,
Padre, os vais? Pese à mi honor!

Hern.

Hern. Pues què quereis?
Fern. Que vencido
de mis ruegos, en la parte
que tiene la accion que ſigo
de irreverencia, me deis
el perdon, que à tus pies pido:
dexame beſar tus plantas.
Hern. Eſſo me pides, mal Hijo:
Plegue à Dios: : :
Fern. Què?
Hern. Que te trayga
triunfante de tu Enemigo.
Fern. Antes, Señor, en mi pecho
ſe eſtrene tu acero limpio.
Hern. En fin, que contra tu Padre
vàs á eſgrimir el cuchillo?
Fern. En fin, que vàs à lidiar
contra el que de ti ha nacido?
Hern. Eſte es rigor de la eſtrella.
Fern. Eſto es crueldad del deſtino:
lloras Padre?
Hern. Què sè yo.
Calf. Yo tambien enternecido,
apenas vencerme puedo,
mocos ſalid hilo à hilo.
Conſt. Llegò à mi ſatisfacion
el dia.
Elen. Cielos Divinos,
parece que de mi pecho
ſe ha apoderado el abiſmo.
Inès. Para eſta.
Calf. Llevete el Diablo.
Vanſe todos, y quedan Fernando, y Elvira.
Elv. Pueſto que todos ſe han ido,
Fernando?
Fern. Què es lo que mandas?
Elv. Quando en tal lance te miro,
no quiero en ſatisfaciones
gaſtar el tiempo preciſo.
Fern. Y haces bien, pues que ninguna
baſtarà, quando he ſabido,
que el Rey te adora.
Elv. Aunque ſepas,
que el Rey me idolatra altivo,
ſi ſabes, que le deſprecio,
ſatisfecho te imagino.
Fern. En fin, què quieres decirme?
Elv. Solo que el Rey ha ſabido
todo nueſtro amor.
Fern. Con eſſo,
ſin el mas pequeño alivio
de eſperanza, voy dos veces
à morir; harto me has dicho.
Elv. Tan al contrario, Fernando
es, que antes he diſcurrido,
que ſaliendo como eſpero
bien de vueſtro deſafio,
le pidas mi mano al Rey.
Fern. Por tan necio le has tenido,
que lo que para sì quiere,
me dè à mi?
Elv. Obedece fino,
y calla.
Fern. Por ti lo harè.
Los dos. Aſtros, para mi enemigos,
en què vendràn à parar
tan dudoſos labyrintos.
Vanſe, y tocan Caxas, y Clarines, deſcubreſe el Rey en un Trono, y à ſus pies Conſtanza, Elvira, Elena, y Ines, y ſale Ramon veſtido de gala, y dos Soldados.
Ram. Pues yà vueſtra Mageſtad,
vè, que deſpejado el ſitio,
la paleſtra aſſegurada,
y el ſilencio introducido,
mantenedor, y retado,
ſolo aguardan el aviſo,
què ordenas?
Rey. Que del tambor,
ſeñal haga el parche herido.
Elen. Aun no me puedo aquietar.
Elv. Yà en la Paleſtra diviſo
à Fernando.
Ram. Toca à marcha:
Tocan à marcha, y ſale primero Calforras con vara, y Tello de Padrino, y Fernando con Armas negras, y Plumas.
Conſt. Si lograrè mi deſignio.
Rey. Aun eſpero, que uno ceda
de los dos, ò Padre, ò Hijo.
Ram. Cavallero, que en la balla,
os preſenta vueſtro brio,
quien ſois?
Tello. Fernan Ruiz de Caſtro.
Ram. Eſperad en vueſtro ſitio,
mientras el Aventurero
huella à la Paleſtra el circo.

Tocan, y salen Soldados con varas, Alvaro de Padrino, y Hernan de Castro con armas blancas, y Plumas

Ram. Vos, que al circo os presentais,
dadme de quien sois indicio.

Alv. Hernan Ruiz de Castro.

Ram. Bien;
y pues ambos incluidos
en la palestra, es forzoso
cumplir al duelo los ritos,
ante la alta Magestad
de Don Sancho, Rey Invicto
de Leon, y de Castilla,
haveis de llegar conmigo
à hacer el pleyto omenage.

Los dos. Vamos.

Rey Antes es preciso,
porque à todo el Mundo conste
saber à què sois venidos,
que jureis, que ni rencor,
embidia, ni otro motivo,
que el defender una honra,
os hace ser enemigos.

Los dos. Si juramos. *Rey.* Que sin pactos,
supersticiones, ni hechizos
lidiais, sòlo del valor
de vuestros brazos validos.

Los dos. Si juramos.

Rey. Pues las armas
reconozcan los Padrinos,
como es usado, à los dos.

Alvaro, y Tello miden las armas.

Alv. y Tel. No ay ventaja, ni artificio,
que desigualarlos pueda.

Ram. Pues mientras dure el conflicto,
ninguno alze voz, que pueda
dàr temor, ni dàr alivio
à los que à combatir vàn.

Elen. Què frenesì! què delirio!
todo el Infierno en mi pecho
parece que ha introducido
el Cielo; una oculta fuerza
me hace hablar: yo determino
perder de una vez la vida.

Calf. Què visages tan malditos
hace la Esclava; que và,
que la dà algun tabardillo,
ò que la apuntan viruelas.

Alv. y Tel. Yà teneis el Sol partido,
toca al arma.

Rey. Al arma toca.

Vanse à embestir, y arrojase haciendo extremos entre los dos la Esclava.

Elen. Tened, parad los bruñidos
aceros, que el Cielo quiere
descubrir sus justos juicios.

Rey. Suspended ambos la accion,
hasta ver con que motivo
dà estas voces esta Esclava.

Todos. Què es esto?

Ele. Esto es, que miro,
en un sulfureo volcàn,
en un mongibelo altivo,
arder hasta el corazon;
y parece que à mi oìdo,
me està diciendo una voz,
que en vano à librarme aspiro,
si no confiesso verdades,
que yà se hallan mal conmigo.

Rey. Habla pues.

Todos. Estraño assombro!

Inès. Verdades à punto fixo
quiere decir, pues se muere,
que si nosotras decimos
verdades, se queda luego
el estomago vacio,
y entra el flato, que nos mata.

Ele. Señor la vida te pido,
y como ella me concedas,
yo hablarè.

Rey. Què mas castigo,
que el que sientes: yo te otorgo,
porque tanto labyrinto
se aclare, lo que me pides.

Ele. Pues oìd, si los gemidos
que me hace dàr mi dolor,
no me interrumpen à gritos.
Estefania, Señor,
que en los eternos Zafiros
yace, inocente muriò:
yo fui, quien aviendo visto
al joven Fortun Ximenez,
aficionada à su brio,
le daba entrada de noche,
valida del artificio
de fingir de mi Señora
la voz, pues tan parecidos
eran de entrambas los ecos,
que casi eran uno mismo:
diciendo que era recato,

jamàs le entrè à mi retiro,
sino es de noche, que quando
se quitaba los vestidos
exteriores mi Señora,
yo, en un retirado sitio
me los ponia, y con esso
daba mas fuerza al indicio.
La noche de la tragedia,
yo fuì la que en el florido
tapete de aquella fuente,
en engañosos cariños,
brindè la muerte à aquel joven:
yo la que abriendo camino
à mi fuga, iba matando
las luces, quando embebido
en su còlera Fernando,
hallò à aquel Angel Divino,
que vino à pagar por yerro,
los yerros de mi delito.
Y pues que yo, quando, si:
(terrible conflicto!)|
ser (ò mateme mi espanto!)
la causa; (sin vida animo)
ay de mì! que al pasmo, al susto,
al assombro, al precipicio,
al espanto, à la cangoja,
al dolor, al parasismo,
con que sin vivir aliento,
yà sin alentar respiro.

Desmayase, y cae.

Hern. Hà infame!
Fern. Hà vil! *Rey.* Suspended
los aceros vengativos,
que si està muerta, es engaño
tal rigor en un rendido.
Calf. Dexad, Señor, que siquiera
la casquen un par de chirlos,
porque quien tanto ha tragado,
lo merece por San Lino.
Alv. No hà muerto.
Tel. Aun alienta.
Rey. Pues retiradla.
Hern. Ay hijo mio,
tu defendias muy bien,
yo era el que estaba sin juicio;
dame la muerte, pues fuì
tyrano, homicida, impio,
de la beldad mas honesta,
que viò el Sol desde el Olimpo.
Fern. Los brazos te darè, Padre,
pues los Cielos han querido
bolver, sin mi, por tu causa.
Ra. Y à mi, Fernando querido,
no me das mil parabienes?
Fern. Como puede mi cariño
dexar, Ramon, de abrazarte.
Alv. Yà el sucesso tan no visto,
no tiene lugar el nuevo
empeño, que discurriò tenia.
Rey. Todos debemos,
en perpetuo regocijo,
dàr muchas gracias al Cielo,
pues aùn buelve con prodigios
por una inocencia muerta.
Calf. Mal año para su hocico;
à quien hice yo arrumacos.
Inès. No en vano por mi capricho,
siempre aborrecì esta perra.
Fern. Señor, de albricias te pido
la mano de Elvira.
Rey. Quien
sabe entrar por un postigo,
con favor anticipado,
yà estotro tiene adquirido.
Alv. Con la de Constanza à mì,
que me honreis, Señor, os pido.
Rey. Despues que os cuesta pendencias,
no os la doy, que os la confirmo.
Elv. Dichoso fin de mis penas.
Conft. Contentemonos destino.
Inès. Toca essos huessos vergante.
Calf. Toma un monton de nudillos,
y honrate, pues por Esposo
llevas del Rey un sobrino.
Todos. Por acrisolar su honor,
competidor Padre, y Hijo,
aqui tiene fin dichoso,
si acaso merece un Vitor.

F I N.

LICENCIA DEL CONSEJO.

DON Joseph Antonio de Yarza, Secretario del Rey nuestro Señor, su Escrivano de Camara mas antiguo, y de Govierno del Consejo: Certifico, que por los Señores de èl se ha concedido licencia à Manuel de Medina, vecino de esta Corte, para que por una vez pueda imprimir, y vender la Comedia intitulada: *Por acrisolar su honor, Competidor, Padre, y Hijo*; por otro titulo: *El Duelo contra su Padre*; su Author Don Joseph de Cañizares, con que la impression se haga por el original que và rubricado, y firmado al fin de mi firma, y que antes, que se venda se traiga al Consejo dicha Comedia impressa, junto con el original, y Certificacion del Corrector de estàr conformes, para que se tasse el precio à que se ha de vender; guardando en la impression lo dispuesto, y prevenido por las Leyes, y Pragmaticas de estos Reynos. Y para que conste lo firmè en Madrid à seis de Abril de mil setecientos cinquenta y quatro.

D. Joseph Antonio de Yarza.

FEE DE ERRATAS.

PAg. 2. col. 1. lin. 8. viviimos, lee *vivimos*. Pag. 5. col. 1. lin. 27. arts. lee *artas*. Ib. col. 2. lin. 19. Ruix lee *Ruiz*. Ib. lin. 28. llea, lee *llega*?

Con estas erratas, y otras por defecto de entero señalamiento de letras, muy faciles de conocer, corresponde à su original rubricado la Comedia nueva intitulada: *El duelo contra su Padre*, de Don Joseph de Cañizares. Madrid ultimo de Mayo de mil setecientos cinquenta y quatro.

Licenciado Don Manuel Licardo de Rivera.
Corrector general por su Magestad.

SUMA DE LA TASSA.

TAssaron los Señores del Real Consejo de Castilla esta Comedia, intitulada: *El duelo contra su Padre*, escrita por Don Joseph de Cañizares, à seis maravedis, cada pliego; y siendo cinco los que tiene, importa à dicho precio treinta maravedis, como consta de su original, despachado en el Oficio de Don Joseph de Yarza, Secretario de su Magestad, y de Govierno del Consejo, &c.

TIENE ASIMISMO LICENCIA DEL ORDINARIO.

En Madrid. A costa de Manuel de Medina. Año de 1754.

Se hallarà en su Puesto, Gradas de San Felipe el Real, y en su casa, Calle de la Paz.